

# UNA TUMBA PERTENECIENTE A LA NECROPOLIS DE ERAS DEL BOSQUE (PALENCIA)

MARIANO DEL AMO

## INTRODUCCION

El grupo de objetos que me propongo estudiar aquí formaba parte de la ofrenda funeraria de una tumba perteneciente a la, tan renombrada como mal conocida, necrópolis de Eras del Bosque y su hallazgo se produjo de forma causal en el mes de abril de 1990. Este conjunto de objetos está formado por una copa de sigillata, dos cuencos de vidrio «de costillas», dos pequeños platos con decoración pintada, un olpe de cerámica común, el mango de un recipiente de bronce y ocho piezas óseas de cerdo y oveja\*.

Todos estos objetos ofrecen, por su número y variedad, un singular atractivo para el estudio y encierran, además, un especial interés arqueológico; unós, porque su tipología constituye una novedad dentro del voluminoso conjunto de materiales que vienen atribuyéndose a la necrópolis de Eras del Bosque y otros, porque proporcionan datos precisos para establecer su cronología con un estrecho margen de error.

A estas propiedades intrínsecas de los objetos, hay que añadir otra circunstancia que confiere a este hallazgo un interés adicional. De las numerosísimas tumbas que formaban la necrópolis no existe ninguna documentación gráfica —dibujo o fotografía— que nos muestre, al menos, la forma y contenido de una tumba concreta. Por tanto, la que ahora se ha recuperado es la única que nos permite conocer, aunque sea parcialmente, su estructura y su ajuar funerario.

Por otra parte, la única documentación escrita que nos ha llegado sobre esta necrópolis se encuentra recogida en un desordenado y complejo Informe de D. Francisco Simón y Nieto que fue publicado, casi treinta años después de su muerte, por Blas Taracena<sup>1</sup>. En este Informe, de difícil lectura e interpretación, se hace una descripción tan confusa y generalizada que resulta imposible obtener conclu-

---

\* Todos los dibujos que se incluyen en este trabajo han sido realizados por D. Julián Rodríguez y las fotografías por D. Javier Ayarza. Las piezas han sido restauradas por D. Javier Guardo.

<sup>1</sup> SIMON Y NIETO, F. «Noticia de una necrópolis romana y un bosque sagrado (Palencia)», *A.E.Arq.* XXI (1948), pp. 146-164. Este trabajo póstumo lo redactó Simón y Nieto de su puño y letra como Informe para la Real Academia de la Historia, de la que el autor era correspondiente en Palencia, pero lo dejó inacabado y nunca llegó a presentarlo ante dicha Academia.

siones concretas. Baste indicar que, entre los numerosos objetos a que hace referencia, sólo tres piezas pueden ser identificadas.

Si a todo esto se añade que los objetos de las diferentes tumbas se fueron agrupando indiscriminadamente; que, incluso, se mezclaron con otros de distintas procedencias sin referencia alguna que permitiera identificarlos; que posteriormente se dispersaron entre los museos arqueológicos de Palencia, Madrid, Valladolid y Santander y que algunos pasaron a formar parte de colecciones particulares, se entenderá fácilmente el grado de confusión que se ha ido generando en torno a esta necrópolis de Eras del Bosque.

Todas estas circunstancias me han movido a prestar una especial atención a la tumba ahora recuperada, no sólo en lo que al estudio de los objetos se refiere sino en orden a esclarecer algunos aspectos de la necrópolis, aunque en modo alguno puedan quedar resueltas las numerosas incógnitas que sobre ella existen.

Pero, antes de iniciar el estudio individualizado de los diferentes objetos, me parece necesario hacer algunas observaciones previas sobre una cuestión tan elemental como es la identificación de las diversas zonas de necrópolis que hubo en Palencia. Asimismo, trataré de analizar con sentido crítico el Informe de Simón y Nieto, especialmente algunos aspectos contradictorios referidos a Eras del Bosque<sup>2</sup>. Para ello utilizaré, como fuentes directas de información, el propio Informe de Simón y Nieto<sup>3</sup> y *El Libro de Palencia*, de Ricardo Becerro de Bengoa<sup>4</sup>; y, como fuentes complementarias, las publicaciones que, de una u otra forma, hacen referencia a la necrópolis de Eras del Bosque<sup>5</sup>.

Gracias a la deferencia de Dña. María Simón de Terriente, nieta de D. Francisco Simón, he podido disponer de una copia del manuscrito original que conserva en su poder. El texto, en veinticinco papeles de distinta calidad y formato, lleno de tachaduras y rectificaciones, revela claramente un proceso de elaboración intermitente, con dudas y vacilaciones respecto a datos importantes y, en definitiva, un trabajo inconcluso. Este mismo manuscrito fue el que utilizó Blas Taracena para la mencionada publicación en la que se echa en falta una advertencia previa al lector sobre el carácter provisional del trabajo. No obstante, la publicación constituyó un indudable acierto por ser el único documento que nos proporciona datos directos sobre la necrópolis.

<sup>2</sup> Cuando hablo de Eras del Bosque, me refiero exclusivamente a la zona en que se sitúan los hallazgos que Simón y Nieto describe como «depósitos cinerarios» y que interpreta como ofrendas sacrificiales de un *lucus* o bosque sagrado. Sobre este punto, debo indicar que la lectura del manuscrito del Informe revela las dubitaciones que Simón y Nieto tenía sobre el carácter de necrópolis o de *lucus*. Así, en la página once del manuscrito, escribe «... puede aventurarse la existencia de 10.000 sepulturas»; y como si el subconsciente le hubiera traicionado, tacha la palabra sepulturas y añade «depósitos cinerarios y artísticos». Esta errónea interpretación como *lucus* fue ya rectificada por Blas Taracena en la mencionada publicación.

<sup>3</sup> Además del Informe publicado por Blas Taracena, utilizaré la copia del manuscrito original donde figuran algunos datos que no aparecen en la citada publicación.

<sup>4</sup> BECERRO DE BENGOA, R. *El Libro de Palencia*. Palencia 1874, pp. 71-76. (En la reedición de 1969, pp. 65-71).

<sup>5</sup> Entre la bibliografía más significativa sobre Eras del Bosque cabe destacar la siguiente:

1º *Sobre referencias directas y coetáneas de los hallazgos*:

R.A.B.M., I (1871), p. 45. Breve nota sobre los abundantes hallazgos que venían produciéndose en Palencia por esas fechas.

B.R.A.H., XXXII (1898), p. 430. Breve nota sobre la intervención oral de Simón y Nieto ante la R. A. H. en la sesión del 22 de abril de 1898 sobre algunos hallazgos en Palencia.



Fig. 1.

### TRES ZONAS DE NECROPOLIS DISTINTAS

El escaso rigor expositivo del Informe redactado por Simón y Nieto, explicable por tratarse de un borrador poco elaborado, y la superficialidad con que frecuentemente ha sido interpretado han ido generando la falsa idea de una sola necrópolis que ocupaba una extensa zona al noreste del recinto antiguo de la capital palentina y a la que se han atribuido casi todos los objetos de las colecciones que se fueron formando en la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, una atenta lectura del mencionado Informe y las referencias de Becerro de Bengoa sobre diversos hallazgos casuales conducen a la conclusión de que existieron tres zonas de necrópolis diferentes.

#### 2º Otras referencias posteriores:

MARTINEZ SANTA-OLALLA, J. «La colección Simón y Nieto de Palencia», en *Coleccionismo*, año XIX, núm. 195 (1943), p. 7.

NAVARRO GARCIA, R. Catálogo Monumental de la Provincia de Palencia, tomo IV (1946), pp. 116-117.

## Necrópolis al Sur del recinto antiguo

En la primera parte del Informe de Simón y Nieto (pp. 147-152) se describen de manera genérica las características de una necrópolis situada «en la carretera que conduce a Valladolid» y «a muy corta distancia del recinto urbano» sin que sea ya posible determinar con precisión la zona concreta que ocupaba. En ella predominaban los enterramientos de incineración «en urnas de barro, vidrio y metal» (el manuscrito original dice «de plomo») con diversos objetos de ofrenda funeraria. Los enterramientos de inhumación, en sarcófagos de piedra y en cajas rectangulares formadas con téglulas, carecían de ajuar funerario en su interior, aunque en su entorno se hallaron algunos objetos.

El carácter genérico de la descripción que hace Simón y Nieto sobre esta necrópolis impide hacer cualquier tipo de valoración sobre sus características y su cronología. En cualquier caso, se trata de una necrópolis que, por su ubicación al Sur del casco antiguo, no guarda ninguna relación con las que señalaré en los apartados siguientes. Y en cuanto a los objetos que en ella se recuperaron, no he hallado referencia alguna ni en el Libro Registro del Museo ni en las fuentes de información que he podido utilizar; todo ello me hace sospechar fundadamente que se mezclaron con los de otras procedencias.

---

TARACENA AGUIRRE, B. «Objetos de la necrópolis romana de Palencia», en *Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional, 1940-1945*, (1947), pp. 83-106.

FERNANDEZ DE MADRID, A. *Silva Palentina*. Apéndice II, pp. 641-646, (Edición 1976), escrito por D. Matías Vielva en 1928.

BALMASEDA, L. J. «El territorio Palentino en época romana». *Historia de Palencia*, vol. I, p. 86, Palencia 1984.

LOPEZ RODRIGUEZ, J. R. «La necrópolis de Eras del Bosque (Palencia), *P.I.T.T.M.*, 40 (1978), pp. 186-206. Este trabajo constituye una síntesis sobre la historia de la necrópolis y un intento de esclarecer sus límites.

3º *Trabajos monográficos sobre objetos atribuidos a la necrópolis de Eras del Bosque:*

VAZQUEZ DE PARGA, L. «Dos copas aretinas de las oficinas de Publius Cornelius», *A.E.Arq.* XV (1942), pp. 153-158.

VIGIL, M. «Vidrios de Palencia», *A.E.Arq.* XXXI (1958), pp. 211 y ss.

GARCIA BELLIDO, A. «Contribución al plano arqueológico de la Palencia romana», *A.E.Arq.* XXXIX (1956), p. 155.

MAÑANES, T. «Nuevas cerámicas de tradición indígena en Palencia», *P.I.T.T.M.* 37 (1976), pp. 73 y ss.

MOLINA, M. «Instrumental médico de época romana en el Museo Arqueológico Nacional (Madrid), *A.E.Arq.* 54 (1981), pp. 255-262.

LOPEZ RODRIGUEZ, J. R. «Terra sigillata de Palencia en los Museos Arqueológicos de Palencia y Arqueológico Nacional», *P.I.T.T.M.* 47 (1982), pp. 185-260.

BALIL, A. «Lucernas romanas de la necrópolis de Palencia con marca de ceramista», *P.I.T.T.M.* 48 (1983), pp. 297-308.

LOPEZ, A. y OLEA, C. «Un grupo de cerámicas del Museo Regional de Prehistoria y Arqueología de Santander», *Sautuola V* (1986-1988), pp. 241-256.

BARRIL, M. «Dos imitaciones de Kernoi en el Museo Arqueológico Provincial de Palencia», en *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, tomo I (1990), pp. 327-345.

CARRETERO, S. y GUERRERO, J. «La necrópolis romana de Eras del Bosque (Palencia). Nuevos materiales cerámicos», en *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, tomo I (1990), pp. 367-381.

### Necrópolis al Este y Noreste del recinto antiguo

En la franja ocupada por las actuales instalaciones ferroviarias de Palencia existió también una necrópolis puesto que el propio Simón y Nieto señala que, al hacer las explanaciones para la construcción de dichas instalaciones (1860-1864), se produjo el «hallazgo de numerosas lápidas sepulcrales, cipos y estelas, con muchos otros objetos que se dispersaron en manos de los anticuarios» (pp. 152).

Esta escueta referencia se confirma y se amplía un poco con los datos que nos proporciona Becerro de Bengoa al describir algunos hallazgos de los que parece hablar como testigo directo<sup>6</sup>. Señala, en primer lugar, que «a la derecha de la carretera de Monzón [hoy de Santander] se han descubierto muchísimos enterramientos con cubierta a modo de bisel y en cada uno de ellos de seis a ocho vasos lacrimatorios...»; dice también que «con algunos esqueletos se han extraído armas, tales como lanzas y puñales de hierro, y con otros, tijeras pequeñas de bronce...»; igualmente afirma que «sobre muchos sepulcros se han descubierto grandes lápidas...». Y después de transcribir las correspondientes inscripciones, dice que las lápidas «se encontraron en 1873 al lado de la estación del Norte [hoy estación de pequeña velocidad]».

También señala este autor que, en esa misma fecha, «cerca de la [estación] del Noroeste [estación actual] se descubrieron dos sepulcros...; en el primero se encontraron doce lacrimatorios de vidrio, de los cuales ocho pudieron conservarse íntegros. Unos en forma de tazas, otros de ampollas y además dos platillos, una botellita, una preciosa taza con asa, de doble tamaño y de distinta forma que las anteriores. En el segundo, tres ampollas de vidrio, dos platillos de latón con indicios de haber estado plateados, unas tijerillas de bronce y una hermosa ánfora de vidrio de dos asas». Finalmente, aporta un nuevo dato importante puesto que confirma que también se utilizó el rito de incineración: «sólo forma excepción con estos enterramientos, en los que aparecen esqueletos completos, el hallazgo de una urna funeraria, de barro, de un pie de altura y medio de diámetro, que se halló llena de cenizas de huesos, cuidadosamente cubierta con un gran plato»<sup>7</sup>.

Las tres imprecisas referencias que acabo de señalar sobre la ubicación de los respectivos hallazgos («a la derecha de..., al lado de... y junto a...») se completan con otras dos descripciones en las que, también de forma poco precisa, se indican los límites de la zona de necrópolis:

1.<sup>a</sup> «En la extensa zona de tierras que limitan a la ciudad por Oriente, desde la carretera de Magaz hasta el Cementerio, y en especial desde la proximidad de la estación del ferrocarril del Norte hasta la del Noroeste se han encontrado, y se encuentran todos los días, mil objetos diversos» (pp. 72).

2.<sup>a</sup> «En la parte de Oriente corre la vía férrea a poco trecho del límite de la derruida muralla, paralelamente a ella, dejando entre medio la carretera de Valladolid a Santander...; en el centro de este trayecto se halla la Estación del ferrocarril del Norte con todas sus dependencias...; en esta estensa zona, y comprendien-

<sup>6</sup> BECERRO DE BENGUA, R. *Op. cit.*, pp. 72-75.

<sup>7</sup> Un hallazgo similar fue dado a conocer por García Bellido: *Op. cit.*, p. 155, fig. 12.

do todo el trazado de la vía, de la carretera y campos inmediatos, es donde, además de en las inmediaciones del Cementerio y Camino de Fuentes, se han encontrado el mayor número de restos, sepulcros, monedas y objetos del período de la dominación romana» (p. 172).

Todas estas citas que acabo de reseñar permiten extraer varias conclusiones:

Primera: Que los hallazgos descritos por Becerro de Bengoa se sitúan en una franja al Este y Noreste del recinto antiguo, entre la desaparecida muralla y la vía férrea, cuyos límites Norte y Sur estarían, respectivamente, en las inmediaciones del Cementerio Viejo y la Estación de Pequeña Velocidad<sup>8</sup>. Esta franja de necrópolis coincidiría básicamente con la zona que Simón y Nieto señala en su plano topográfico bajo la denominación de «Primera época de excavaciones 1862-1864». (Fig. 2)<sup>9</sup>.

Segunda: Que los enterramientos hallados en esta zona corresponden, por su estructura, rito y ajuar funerario, a una etapa de plena romanización en la que las costumbres funerarias romanas están ya plenamente consolidadas; así lo indican la inhumación en sepulcros «con cubierta a modo de bisel», las lápidas con inscripción latina y los abundantes vasos de vidrio de diversa tipología. Sólo se advierten algunos elementos residuales de la cultura indígena como las pequeñas tijeras, los puñales y, sobre todo, los antropónimos de origen céltico que aparecen en las inscripciones, tales como *Accaeci*, *Atta*, *Latto*, *Oreceti*, *Prolo*, *Reburro*, etc.<sup>10</sup>.

Tercera: Que todas estas características difieren sustancialmente de las que Simón y Nieto atribuye a los que denomina «depósitos cinerarios» de Eras del Bosque, según expodré en el epígrafe siguiente.

<sup>8</sup> Debo señalar que esta primera conclusión está en aparente contradicción con la única referencia arqueológica que figura en el plano de la ciudad que se incluye en el libro de Becerro de Bengoa. En dicho plano (fig. 1) aparece la indicación «tierras y tejas de los hallazgos romanos» ocupando la zona comprendida entre la Carretera de Santander, la Estación del ferrocarril y el Camino del Otero, que no se corresponde con los hallazgos citados con el texto.

Buscando una explicación a esta discordancia, deduzco que el plano no fue elaborado expresamente para el libro de Becerro de Bengoa puesto que en él aparecen denominaciones distintas de las que el autor utiliza en el texto. Así, mientras que en el texto se habla siempre de Estaciones del Norte y del Noroeste, en el plano figuran como Estaciones de Alar y de León, respectivamente. Lo mismo ocurre con la Carretera de Santander que en el texto aparece como Carretera de Monzón. Por otra parte, el plano lleva fecha de 1875 y el texto estaba ya finalizado en agosto de 1874 según se indica en el prólogo (la edición es de 1874). Todo parece indicar que el plano se incorporó a última hora, cuando la edición estaba ya preparada, sin hacer las necesarias rectificaciones para que texto y plano estuvieran acordes en las denominaciones. Parece evidente, por tanto, que la indicación arqueológica que se hace en el plano no se refiere a los hallazgos que se citan en el texto sino a los que se produjeron en Eras del Bosque al extraer las arcillas para las tejas que existían en esa zona; así parecen indicarlo las palabras que utiliza: «Tierras y tejas de los hallazgos romanos».

<sup>9</sup> El plano que aparece en la publicación de B. Taracena no permite medir con exactitud la superficie de las diferentes áreas que en él se delimitan puesto que la escala real quedó modificada por la reducción de imprenta. Para subsanar esta deficiencia he podido utilizar, gracias a la cortesía de Dña. María Simón de Terriente, un ejemplar de la edición que Simón y Nieto hizo en 1906 de su plano original. Este ejemplar, al que se ha incorporado la correspondiente escala gráfica, es el que se reproduce en la Fig. 2.

<sup>10</sup> BECERRO DE BENGEOA, R. *Op. cit.*, p. 70; ALBERTOS, M.<sup>a</sup> L. *La onomástica personal primitiva de Hispania, Tarraconense y Bética*. Salamanca 1966, pp. 5, 129, 173, 186 y 191.

Se puede, por tanto, concluir que la necrópolis de esta zona es, cultural y cronológicamente, distinta de la denominada Eras del Bosque o, si se prefiere, que una y otra representan fases o etapas diferentes de una sola necrópolis puesto que pertenecen a la misma población. En la zona de Eras del Bosque, como más adelante indicaré, hay enterramientos que responden a un ritual funerario indígena aunque ya están presentes en su ajuar algunos objetos romanos; por el contrario, en esta otra zona, al oeste del ferrocarril, el ritual y la estructura de las tumbas son romanos aunque perviven algunos elementos indígenas.

La ausencia de datos bien documentados impide determinar hasta cuándo se prolonga esta pervivencia de elementos indígenas. Pero, en todo caso, parece evidente que esta zona se utilizó como necrópolis hasta el Bajo Imperio, quizás con núcleos correspondientes a etapas distintas que no es posible ya determinar<sup>11</sup>.

### Necrópolis de Eras del Bosque

Frente a la zona que acabo de delimitar, al este del ferrocarril y a ambos lados de la carretera de Santander, se levanta hoy un extenso núcleo urbano de moderna construcción. Toda esta zona era, a mediados del siglo XIX, un terreno rústico dedicado al cultivo agrícola y a la explotación de algunos tejares que aprovechaban la buena calidad de las arcillas allí existentes para la fabricación de ladrillo y teja<sup>12</sup>. Esta actividad ceramista fue precisamente la que dio origen a los primeros hallazgos arqueológicos de Eras del Bosque que pronto adquirieron gran notoriedad por la abundancia y variedad de los objetos.

En esta zona de Eras del Bosque fue donde Simón y Nieto centró su actividad arqueológica y donde se sitúan los «depósitos cinerarios» a los que dedica la mayor parte de su Informe. A ellos quiero prestar una especial atención ya que coinciden en su localización y en sus características con el hallazgo que ha originado este trabajo.

Pero, antes de nada, me parece necesario establecer los límites de esta zona arqueológica, de acuerdo con los datos que figuran en el citado Informe. En él se indica que en esta zona existe «un montículo de apenas diez metros de altura, con una base cuadrada próximamente de 150 metros de lado» y que «se encuentran en toda la extensión de este montículo numerosos hallazgos de objetos romanos de hierro, cobre y vidrio, en sus infinitas variedades»<sup>13</sup>. Parece evidente, por tanto, que los hallazgos reseñados por Simón y Nieto se circunscriben exclusivamente a dicho montículo cuya extensión, según señala en dos ocasiones (pp. 152 y 154), es «de dos y media a tres hectáreas», coincidiendo con las dimensiones asignadas a la base del montículo.

<sup>11</sup> LOPEZ RODRIGUEZ, J. R. *Op. cit.*, p. 201.

<sup>12</sup> Junto a la tumba hallada recientemente se pudo comprobar la existencia de un horno cerámico que fue destruido por la máquina excavadora al hacer el vaciado del solar (lám. IV, 1 y 2). A pesar de haber inspeccionado con detenimiento los escasos restos que de él quedaban, no fue posible obtener datos que permitieran atribuirle a una época concreta.

<sup>13</sup> La altura real del montículo era de cuatro o cinco metros según indican las curvas de nivel de los planos de la época.

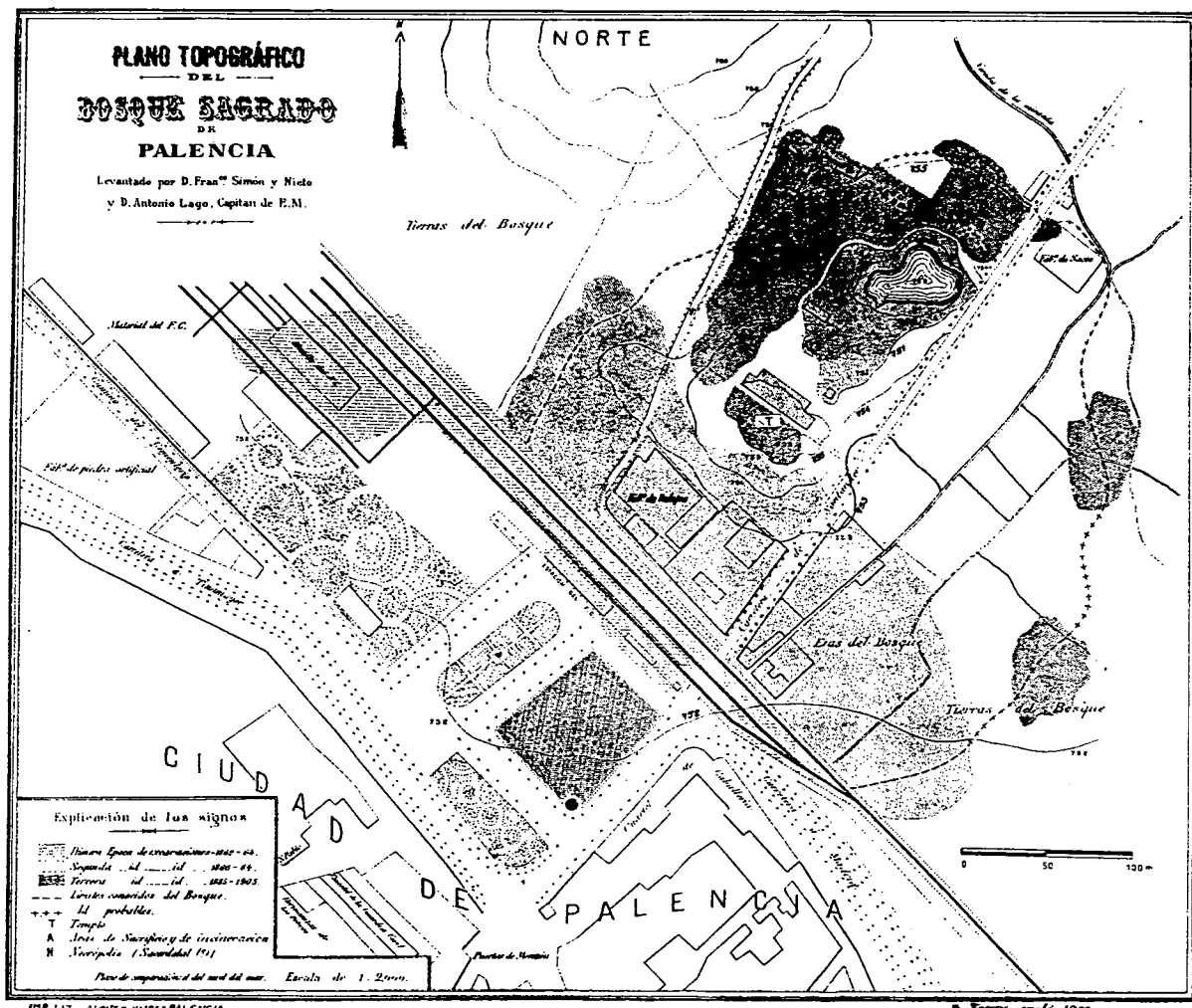


Fig. 2.



En contraste con estos datos, se observa que la superficie señalada en el plano bajo el signo convencional correspondiente a «segunda época de excavaciones 1866-1884» ocupa una extensión de casi cuatro hectáreas; si a ello se añade la superficie referida a la «tercera época de excavaciones 1885-1905», tendríamos un total de seis hectáreas (fig. 2).

Parece evidente que esta manifiesta discordancia entre la superficie que se indica en el texto del Informe y la que se delimita en el plano no puede responder a un error de cálculo en cualquiera de ambos casos, sino que debe tener su origen en una causa distinta de difícil explicación<sup>14</sup>. Como quiera que sea, hay que conceder mayor credibilidad a lo expresado en el texto del Informe y concluir que la zona arqueológica a la que se refiere Simón y Nieto quedaría reducida exclusivamente al mencionado montículo, dentro de los límites marcados por el ferrocarril, el Camino del Otero, la carretera de Santander y una extensión hacia el Este que llegaría hasta la actual calle de F. Pizarro<sup>15</sup>. El resto de la superficie señalada en el plano estaría delimitada en función de la presencia de restos arqueológicos aislados o, más probablemente, en función de la idea defendida por Simón y Nieto sobre la existencia de un bosque sagrado que, por su propia naturaleza, requeriría una extensión mucho mayor de la que tenía el montículo<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> Todo parece indicar que el plano no fue elaborado expresamente como complemento gráfico del Informe o, en todo caso, se hizo con posterioridad y sin la necesaria coordinación con lo que se indica en el texto. Sólo así se explican datos tan contradictorios como estos: la discordancia ya señalada en cuanto a la extensión de la zona; la ubicación en el plano de un templo, aras de sacrificio y una necrópolis sacerdotal mientras que en el texto señala expresamente la «ausencia de todo vestigio que señale un templo, o siquiera un ara para el sacrificio»; igualmente la interpretación que hace de este lugar como *lucus* o bosque sagrado, a pesar de afirmar que «el terreno de este bosque puede asegurarse que no consiente vegetación arbórea» (p. 163).

Si tenemos en cuenta que el Informe, tal y como fue publicado por B. Taracena en 1948, lo tenía ya redactado Simón y Nieto veinte años antes de que le sobreviniera la muerte en 1920, hay que pensar necesariamente que por alguna causa dejó interrumpido su trabajo y no lo remitió a la Real Academia de la Historia, a pesar de la promesa verbal que había hecho a dicha Institución en la Sesión del 22 de abril de 1898 (*B.R.A.H.*, XXXIII, 1898, p. 430).

Parece evidente que Simón y Nieto decidió no hacer público su trabajo, quizás por no estar plenamente convencido de que su interpretación como bosque sagrado fuera la correcta.

<sup>15</sup> Estos límites han de tomarse como referencia aproximada ya que las calles actuales no se acomodan a la topografía del montículo. En la actual calle F. Pizarro se situaba el borde occidental de una charca señalada en el plano topográfico de Simón y Nieto con unas curvas de nivel de acusado gradiente (fig. 2) y que en el plano del Instituto Geográfico y Estadístico de 1915 tiene su contorno mejor definido (fig. 3). Es obvio que Simón y Nieto no pudo efectuar ningún hallazgo arqueológico en toda la extensión ocupada por la charca y, por tanto, esta zona quedaría fuera de los límites que asigna al montículo.

En abril de 1990 pude comprobar la existencia de los sedimentos de esta charca al inspeccionar el vaciado de un solar y la cimentación del edificio allí proyectado. Asimismo, pude constatar que la charca se fue rellenando con el material cerámico de desecho, procedente de la cerámica de D. Cándido Germán, que alcanzó en algunos puntos una potencia de 5,80 m. Es probable que la charca se formase como consecuencia de las primeras extracciones de arcilla para los tejares; no se puede excluir, por tanto, que entonces se produjera la destrucción de algunas tumbas en la zona oriental de la necrópolis.

<sup>16</sup> Aunque los «depósitos cinerarios» descritos en el Informe se sitúan solamente en la superficie correspondiente al montículo (p. 152), es posible que Simón y Nieto comprobase, fuera de estos

Así, pues, delimitado el marco geográfico en el que deben situarse los hallazgos reseñados por Simón y Nieto y prescindiendo de la interpretación que de ellos hace, pasaré a exponer los datos que pueden considerarse como estrictamente objetivos entre todos los que él aporta. Y, para ello, nada mejor que recoger textualmente sus palabras:

Pues bien, apoyándose en la superficie de este banco de greda, se encuentran en toda la extensión de este montículo numerosísimos hallazgos de objetos romanos de hierro, cobre y vidrio, en sus infinitas variedades.

Aparecen estos objetos sistemáticamente agrupados en lo que ha dado en llamarse sepulturas, pequeñas excavaciones de 0,40 metros de lado y de base semiesférica abierta en la greda. Allí aparecen generalmente dos, cuatro y hasta doce vasijas romanas, ya de barro, ya de vidrio, cuidadosamente dispuestas. En contacto con las vasijas se encuentran objetos de hierro, que por lo general son armas, y con menos frecuencia otros de bronce, como fibulas, stilos, imperdibles, espejos, armaduras de bridas y de sillas de caballo, etc., y, según noticias ya antiguas, estatuillas o ídolos de marfil, de bronce y, según se dice, una de oro.

Estos hallazgos, agrupados como agrupan las aves sus huevos<sup>p</sup> en los nidos, forman la base del descubrimiento. Entre ellos, y formando además una capa que los cubre, aparecen cenizas abundantes y fragmentos de carbón; un poco por encima, tres o cuatro huesos de carnero, o de ternera o de cerdo, y de preferencia al maxilar inferior, el carpo y la escápula. Cubre este singular agrupamiento de restos de animales y objetos artísticos un grupo de piedras calizas a manera de túmulo de forma cónica, de tal modo que el vértice, o sea la primera piedra que se encuentra en el movimiento de tierra, corresponde a un metro, próximamente, de la superficie laborable.

Tales depósitos cinerarios se encuentran a igual profundidad, ocupando un plano sensiblemente horizontal, y tienen tendencia a ocupar una línea recta, hallándose separados unos de otros por un espacio de un metro o metro y medio... De esta parte explorada han salido los numerosos objetos de indumentaria, de glíptica, de panoplia romana, y la profusión de vasijas de barro y vidrio que decoran y hermosean los museos extranjeros y nacionales y las colecciones de aficionados y arqueólogos... Por algunos inteligentes se creyó durante veinte años que este montículo era una extensa necrópolis romana...

En este montículo y en sus depósitos cinerarios no se descubre residuo alguno de huesos humanos entre las cenizas...

Otra circunstancia... es la falta completa de osamentas humanas encerradas en sarcófagos... y ... la falta de urnas de barro, de vidrio, de plomo o de piedra para contener las cenizas que aparecen aquí amontonadas entre los vasos...

---

límites, la presencia de restos arqueológicos dispersos y esto le indujera a señalar en el plano «los límites probables del bosque». Ciertamente, dentro de estos límites e, incluso, fuera de ellos, suelen aparecer con frecuencia restos cerámicos de muy diverso tipo que no tienen ninguna vinculación directa con los citados «depósitos cinerarios». En abril de 1990 comprobé la existencia de un extenso cenizal-basurero con un volumen de materiales cerámicos fuera de lo común. Baste indicar que en unos 2 m<sup>2</sup> de superficie y con una potencia aproximada de 1,50 m., se recogieron más de 3.000 fragmentos cerámicos entre los que predomina la cerámica pintada de tradición indígena. El basurero-cenizal ocupaba una extensión superior a los 5.000 m.<sup>2</sup> en el ángulo formado por la Avenida de los Vaceos y la Calle de las Acacias, al Sur de esta última (fig. 4).

Con los datos que figuran en esta cita se podría establecer una tipificación de los enterramientos de Eras del Bosque cuyas características comunes serían las siguientes:

- 1.<sup>a</sup> Pequeños hoyos o concavidades para depositar las ofrendas.
- 2.<sup>a</sup> Presencia de cenizas y fragmentos de carbón que envuelven y cubren los objetos.
- 3.<sup>a</sup> Presencia de restos óseos de animales, aunque en ningún caso aparece el esqueleto íntegro.
- 4.<sup>a</sup> Ausencia de restos óseos humanos, ni siquiera calcinados<sup>17</sup>.
- 5.<sup>a</sup> Todo el conjunto se cubre con piedras formando un pequeño túmulo.
- 6.<sup>a</sup> Los enterramientos se disponen en filas o alineaciones, con una separación entre ellos de un metro o metro y medio, y una separación similar entre cada fila.

En cuanto a los objetos que integran las ofrendas, se indican los siguientes:

- 1.<sup>o</sup> Vasos romanos de cerámica y vidrio.
- 2.<sup>o</sup> Armas de hierro.
- 3.<sup>o</sup> Objetos diversos de bronce de distinta tipología (fibulas, stilos, imperdibles, arreos de caballo, etc.). A todos estos objetos hay que añadir los que se enumeran en otra parte del Informe (p. 157): vasos pintados con figuras geométricas sencillas, vasos de pasta negra, segures, pequeñas navajas en su caja de hueso, tijeras, armillas, pendientes, espejos, anillos, etc.

Esta enumeración de objetos se refiere, evidentemente, a todos los que se fueron recogiendo en la necrópolis, aunque cada tumba tendría un determinado tipo de ajuar funerario en función de las circunstancias particulares de cada difunto (situación social y económica, profesión, edad, sexo, etc.). A estas diferencias hay que añadir también las que, sin duda, existieron entre los ajuares funerarios de las tumbas correspondientes a una fase inicial de la necrópolis y los de fases o etapas posteriores. De igual modo y por idénticas razones, cabe pensar que no todas las tumbas tuvieran la misma estructura y que también aquí se dieran

---

<sup>17</sup> Las afirmaciones de Simón y Nieto sobre la ausencia de restos óseos humanos, tanto inhumados como incinerados, son tajantes y parecen responder a una atenta y objetiva observación, pero se refieren exclusivamente a los «depósitos cinerarios» hallados en toda la extensión del montículo. Por tanto, los datos que J. R. López utiliza para refutar tales afirmaciones (*op. cit.*, en nota 5, 2.<sup>o</sup>, pp. 198-199) carecen de fuerza argumental ya que se basan en hallazgos correspondientes a una zona distinta de la que habla Simón y Nieto.

En la tumba que estudiaré en el epigrafe siguiente no se halló resto alguno ni de cenizas ni de huesos calcinados; pero, al estar destruida en su mayor parte, no se puede afirmar de manera absoluta que careciera de urna cineraria.

En cualquier caso, la ausencia de restos óseos humanos en una necrópolis plantea un problema de difícil solución; las hipótesis pueden ser varias: 1.<sup>a</sup>, negar el carácter de necrópolis, como hizo Simón y Nieto; 2.<sup>a</sup>, admitir una incineración total, como apunta A. Llanos para las necrópolis del Alto Ebro (en *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los celtiberos*. Zaragoza 1990, pp. 144 y 145); 3.<sup>a</sup>, admitir la incineración en *ustrina*, fuera de la necrópolis, sin que los restos de la incineración se unieran luego al ajuar funerario; 4.<sup>a</sup>, aceptar como rito general en toda la necrópolis la costumbre que, según Silio Itálico y Eliano, se aplicaba sólo a los guerreros muertos en batalla, cuyos cuerpos eran expuestos para su descarnamiento por los buitres (J. M.<sup>a</sup> Blázquez *Religiones en la España Antigua*. Madrid 1991, p. 257). Pero cualquiera de estas hipótesis resulta poco convincente.

las diversas variantes que se vienen observando en otras necrópolis celtibéricas recientemente excavadas.

Algunas de estas diferencias se deducen de lo que Simón y Nieto dice en las últimas páginas de su trabajo (pp. 160-161) cuyo interés quiero destacar porque no ha sido debidamente valorado hasta ahora.

Las diferencias existentes entre los distintos ajuares quedan reflejadas en los cuatro grupos que Simón y Nieto establece:

Para fijar bien este punto conviene insistir en las notables diferencias que ofrecen entre sí los depósitos en punto no a las cenizas ni a los huesos, sino al carácter arqueológico y a la expresión artística de los objetos y de los vasos.

Hablando de un modo general, los más sencillos depósitos, que forman las tres cuartas partes del total, contienen solamente tres o cuatro ejemplares de vasos hechos con un barro tosco, de paredes gruesas, de forma elemental y de pequeño tamaño; pocas veces o ninguna se encuentran armas o fragmentos de hierro y nunca utensilios de bronce (tijeras, hebillas, espejos, etc.). Hay otros menos numerosos, y que ocupan una zona relativamente apartada, donde los vasos son negros, duros, resistentes y, aunque sencillos, muy elegantes. Están torneados, señalando un período de notable adelanto industrial y artístico. Aquí aparecen armas abundantes de hierro, y principalmente lanzas y espadas; pero no se ofrecen utensilios.

Aparecen en tercer lugar los de barro semifino, pintados muchos de ellos, de gran tamaño algunos y de original aspecto. Uno representa un odre, como los que hoy se usan para transportar aceite; otro está formado por tres vasijas colocadas sobre un fuerte anillo de barro...<sup>18</sup> Tampoco en estos depósitos escasean las armas, aunque sí los utensilios de indumentaria.

Forma, por último, el más interesante grupo los escasos depósitos que guardan vasijas de vidrio, de barro saguntino con marcas latinas, armas y principalmente objetos de bronce, que he reseñado más arriba. Ocupa este grupo una zona pequeña en el centro del montículo, aunque no en la parte más elevada de él. Así clasificados los depósitos y examinados comparativamente, se echa de ver la inmensa diferencia que los separa considerados en su doble aspecto industrial y artístico.

Esta clasificación resulta, a mi juicio, excesivamente estereotipada y de dudosa objetividad; pero, en todo caso, parece evidente que existió alguna diferenciación.

En el texto que acabo de transcribir se indica también que los objetos pertenecientes a los grupos segundo y cuarto aparecían sólo en determinadas zonas, lo que parece indicar que dentro de la necrópolis existieron áreas o núcleos de tumbas diferenciados.

Por último, quiero recoger uno de los párrafos más atinados de todo el Informe en el que Simón y Nieto alude a la dificultad para determinar si todos los hallazgos de Eras del Bosque pertenecen a época romana o si, por el contrario, los hay también de época prerromana.

No me parece tampoco fácil conocer con certidumbre si los depósitos cinerarios de este bosque sagrado [léase, tumbas de esta necrópolis] pertenecen solamente a

---

<sup>18</sup> Estas dos piezas, conservadas en el Museo de Palencia, y el vaso de vidrio con escena de gladiadores del Museo Arqueológico Nacional son los tres únicos objetos que pueden ser identificados gracias a la breve descripción que de ellos hace Simón y Nieto.



Esta es, sin duda, una de las cuestiones primordiales que debe plantearse sobre la necrópolis de Eras del Bosque como respuesta a la siguiente pregunta: ¿Dónde se encontraba la necrópolis indígena anterior a la conquista romana?<sup>19</sup>.

Para esta pregunta no existe aún una respuesta definitiva. Sin embargo, tanto lo que indica Simón y Nieto en los párrafos transcritos como el carácter indígena de algunos de los objetos que forman parte del ajuar funerario de la tumba que estudiaré a continuación y, sobre todo, el rito funerario que se desprende de la presencia de restos óseos de animales, revelan un marcado componente indígena en esta necrópolis. Si a esto se añade que en ninguna otra zona de la capital palentina se han documentado hallazgos de necrópolis con materiales indígenas, cabe pensar fundadamente que la necrópolis correspondiente a la población prerromana estuviera situada en la misma zona de Eras del Bosque. Estaríamos, por tanto, ante un fenómeno similar al que se advierte en otras necrópolis como la de Carratiermes en Soria y la de Las Ruedas en Valladolid, por citar sólo dos ejemplos<sup>20</sup>, en las que se han documentado varias etapas sucesivas, desde la fase inicial celtibérica hasta la fase final ya de época romana.

## ESTUDIO DE LA TUMBA

### Situación y circunstancias del hallazgo

La localización de la tumba se produjo gracias a la información facilitada por el transportista D. Angel Aragón que suele realizar trabajos de desescombro y vaciado de solares para nuevas construcciones. Según esta información, al desalojar las tierras del solar correspondiente a los núms. 8, 10 y 12 de la actual calle Villa Casares (fig. 4), recogió los seis vasos que se incluyen en el Anexo II de este trabajo y que donó al Museo Arqueológico de Palencia.

Una detenida inspección del lugar concreto donde fueron recogidas estas seis piezas permitió descubrir la presencia de varios objetos apenas visibles, «colgados» del talud que se formó al vaciar el solar y a punto de desprenderse por el agrietamiento de la capa de greda en la que se encontraban.

El corte vertical del terreno presentaba en este punto una estratigrafía bien definida que será objeto de análisis en el epígrafe siguiente. Los dos niveles superiores, de formación reciente, descansaban sobre una capa natural de greda en la que se advertía el perfil de un hoyo de 75 cm. de diámetro este-oeste y 25

<sup>19</sup> Esta pregunta carecería de sentido si se admite la teoría de L. de Castro (*Pallantia Prerromana*, Burgos 1970, pp. 33-35) según la cual la Pallantia situada en zona vaccea fue una ciudad de fundación romana. Pero los argumentos que utiliza para defender tal opinión no pasan de ser meras hipótesis. Por otra parte, las referencias de algunos escritores clásicos a Pallantia como ciudad vaccea (Plinio: *N. H.* III, 26; Ptolomeo II, 6, 49), la existencia de niveles arqueológicos prerromanos dentro del casco antiguo y el conocido conjunto de joyas hallado en el solar de Las Filipenses contradicen esta opinión.

<sup>20</sup> ARGENTE, J. L. «La necrópolis de Carratiermes (Tiermes, Soria)» y SANZ MINGUEZ, C. «Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)», ambos en *II Simposio sobre los celtíberos. Las necrópolis* (1990), pp. 57 y 169, respectivamente.

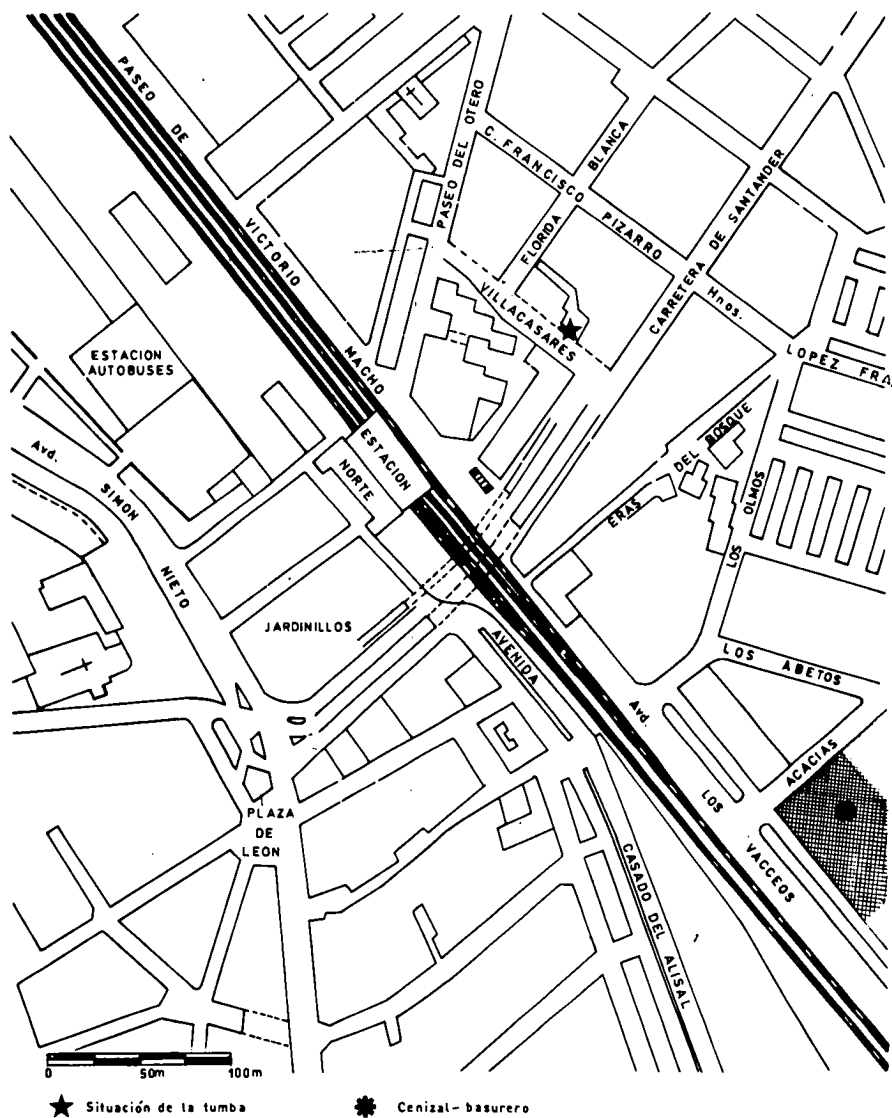


Fig. 4. Plano actual con la situación de la tumba y de un cenital-basurero.

cm. de profundidad; luego se pudo comprobar que del diámetro norte-sur sólo quedaban 20 cm., de modo que la mayor parte de la tumba había sido destruida por la máquina excavadora.

En este pequeño espacio que quedaba de la fosa, colocados directamente sobre el fondo cóncavo, se encontraban los objetos en posición natural y envueltos por greda desmenuzada, probablemente la misma que se extrajo al excavar la fosa.

Los restos óseos de oveja y cerdo estaban dispersos entre los distintos objetos sin que se advirtiera una deliberada colocación. No se observó resto alguno de cenizas ni de residuos calcinados.

Ante estos datos, cabe pensar que la destrucción de la mayor parte de la fosa llevase consigo la desaparición de una parte del ajuar funerario y de otros elementos imprescindibles para conocer la tipología completa de la tumba. Por tanto, estas carencias impiden constatar las afirmaciones de Simón y Nieto sobre la presencia de cenizas, sobre la ausencia de urna cineraria y de restos óseos humanos calcinados.

En cuanto a las seis piezas recogidas por el transportista ya mencionado, cabe la posibilidad de que formasen parte de este mismo ajuar funerario ya que en todo el frente del talud donde se hallaba la tumba no existía indicio alguno de ninguna otra. No obstante, esta hipótesis debe tomarse con las lógicas reservas puesto que dichas piezas se recogieron entre la tierra ya removida; por este motivo, las incluyo en el Anexo I ya que, aunque no pertenecieran a esta tumba, ciertamente debieron pertenecer a la misma necrópolis.

Por último, quiero indicar de forma expresa que esta tumba se encuentra de lleno dentro de los límites ya señalados para la necrópolis de Eras del Bosque.

### Situación estratigráfica de la tumba

La sección vertical del terreno donde se encontraba la tumba presentaba un frente de tres metros de altura y en él se apreciaba con nitidez la siguiente sucesión estratigráfica (fig. 5).

El estrato superior (I), estaba formado por una capa de guija y arena con un espesor de 35 cms.

El estrato siguiente (II), de 40 cm. de espesor, estaba constituido exclusivamente por los desechos cerámicos de teja y ladrillo, mezclados con carbonilla, procedentes de la conocida fábrica de D. Cándido Germán que se encuentra a unos 500 m. de distancia. Los restos de losetas con dicho nombre impreso en ellas no admiten dudas sobre su procedencia.

La fecha de los estratos I y II ha de ser necesariamente posterior a 1875, fecha aproximada de fundación de la fábrica de D. Cándido Germán.

El estrato inferior (III) correspondía a una potente capa de margas o greda, de color blanquecino-grisáceo, perteneciente a una formación del Mioceno, común a toda la Cuenca Terciaria del Duero. El espesor visible de este estrato sobrepasaba los dos metros pero su potencia total en este punto no está documentada<sup>21</sup>.

En esta capa de greda se podía apreciar el perfil de la fosa en la que se encontraban los objetos del ajuar funerario (láms. I y II).

Un somero análisis de esta sucesión estratigráfica revela la existencia de una circunstancia totalmente anómala: que el estrato II, formado por cascotes cerámi-

<sup>21</sup> FERNANDEZ, M. V. y otros, *Itinerarios de la naturaleza. Palencia*. I.C.E. Valladolid 1984.



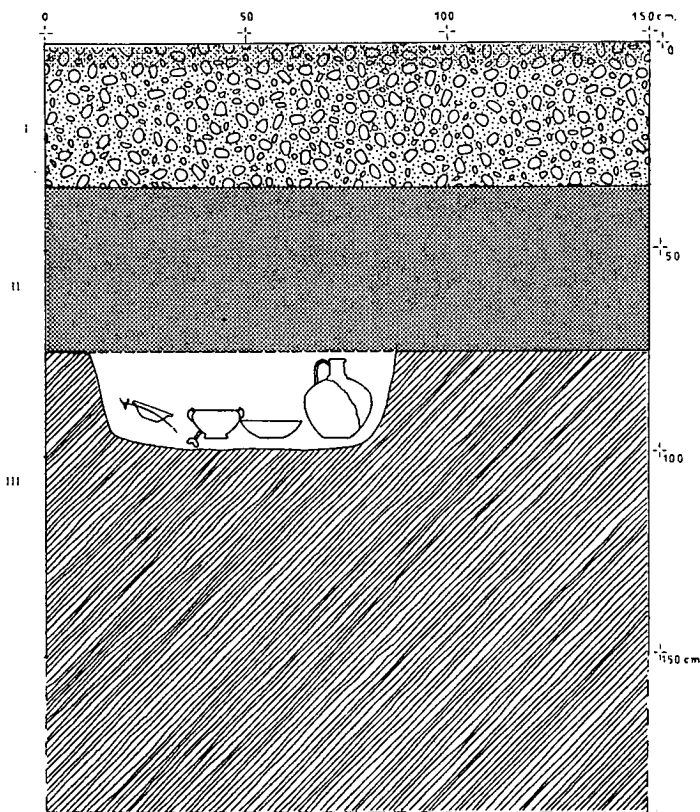


Fig. 5. Esquema estratigráfico en el que se hallaba la tumba; los estratos I y II son posteriores a 1875 y reemplazaron a los estratos originales.

cos modernos, se encuentre en contacto directo con una capa de formación miocénica. Esto evidencia que la estratigrafía original ha sufrido aquí una alteración sustancial al desaparecer los estratos que se superponían a la greda y ser sustituidos luego por los estratos actuales I y II. Por tanto, los únicos elementos antiguos de la estratigrafía actual son la greda, como formación natural, y la concavidad en ella excavada para depositar los objetos de la ofrenda funeraria.

La causa de esta alteración estratigráfica tuvo, sin duda, su origen en la explotación de la capa de arcilla que se asentaba sobre la greda y que constituía la materia prima para los tejares que desde fecha antigua existieron en esta zona. El vacío que dejó esta explotación se fue rellenando posteriormente con los escombros de la mencionada fábrica, formándose así la estratigrafía actual.

La breve descripción que Simón y Nieto hace sobre la constitución geológica de esta zona nos permite reconstruir los elementos esenciales que formaban la estratigrafía original:

Constituye este montículo un macizo de greda terciaria cubierta con una capa de arcilla algo impura, por la mezcla de residuos miocénicos de naturaleza yesosa. Tiene esta capa un color amarillento y es en mi opinión un depósito de lões, que continúa por toda la vega hasta la orilla del Carrión con espesores variables. El [espesor] que ofrece en este sitio que examino se aproxima a los dos metros, y sobre esta capa aparece el terreno vegetal moderno que apenas alcanza una altura de 20 cms. Resulta de aquí que la greda terciaria se ofrece en las excavaciones a una profundidad que oscila de 2,50 a 2,80 metros. Apoyándose en la superficie de este banco de greda, se encuentran en toda la extensión de este montículo numerosísimos hallazgos de objetos romanos... (pág. 154)<sup>22</sup>.

Así, pues, según esta descripción tendríamos la siguiente sucesión estratigráfica original: un estrato superior (I) de tierra de cultivo, de unos 20 cm. de espesor; un segundo estrato natural (II) formado por una capa de arcilla de 2 m. de espesor (con probables variaciones según las zonas) que se asentaba sobre el estrato siguiente (III) de greda.

Establecida así la estratigrafía general de la zona ocupada por la necrópolis, intentaré ahora determinar la forma y estructura de los hoyos o fosas funerarias.

Lo expuesto en el párrafo que acabo de transcribir, especialmente en sus últimas líneas, permite deducir que las fosas cortaban toda la capa de arcilla natural llegando hasta la superficie de la greda. Por tanto, la profundidad de las fosas debía ser, como mínimo de 2 m., coincidiendo con el espesor de dicha capa.

Esta profundidad parece, en principio, excesiva y resulta ciertamente extraña e inusual en las necrópolis celtibéricas; sin embargo, no sería éste el único caso puesto que la tumba 54 de la necrópolis celtibérica de Las Ruedas ofrece una profundidad de 2,60 m.<sup>23</sup>

Pero, a renglón seguido del párrafo anterior, dice Simón y Nieto que los objetos «aparecen sistemáticamente agrupados en pequeñas excavaciones de 0,40 m. de lado y de base semiesférica abierta en la greda» lo cual no tiene explicación posible dentro del esquema estratigráfico antes señalado, a no ser que Simón y Nieto se refiera solamente al espacio ocupado por los objetos en el fondo de la fosa.

Pero no terminan aquí las incógnitas y las contradicciones ya que, después de señalar la gran variedad de objetos que aparecían en los «depósitos cinerarios», dice:

Cubre éste singular agrupamiento de restos animales y objetos artísticos un grupo de piedras calizas a manera de túmulo de forma cónica, de tal modo que el vértice, o sea la primera piedra que se encuentra en el movimiento de tierra, corresponde a un metro, próximamente, de la superficie laborable. (Pág. 154).

<sup>22</sup> El lector habrá observado, sin duda, la contradicción existente en las profundidades que se indican en este texto. Si la capa de la tierra vegetal tenía un espesor de 20 cm. y la de arcilla tenía 2 m., la capa de greda no podía estar entre 2,50 y 2,80 m. de profundidad. Esta discordancia se explicaría por los «espesores variables» que, según el autor, tenía la capa de arcilla.

<sup>23</sup> SANZ MINGUEZ, C. «Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)», en *II Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza, 1990, p. 161.

Según esto, si la cota superior del túmulo se hallaba a un metro de profundidad, todo el túmulo de piedras quedaría necesariamente dentro de la fosa. Esto carecería de sentido puesto que la función primaria de los túmulos de piedra fue, sin duda, señalar externamente la presencia de las tumbas.

Ante todos estos datos contradictorios, sólo cabe hacerse algunas preguntas: ¿Excavó realmente Simón y Nieto alguna tumba o se limitó a recoger información sobre hallazgos casuales». Esta confusión de datos ¿puede tener su origen en la existencia de tumbas de diferente estructura? ¿Hizo Simón y Nieto sus observaciones en alguna zona donde la capa de arcilla había sido ya extraída y, por tanto, sólo quedaba el fondo de la fosa excavada en la greda con el ajuar funerario?

Lamentablemente, todas estas preguntas tampoco encuentran respuesta en la tumba recuperada recientemente puesto que, como ya he indicado, sólo quedaba de ella la parte inferior de la fosa.

Así, pues, la estructura formal de las tumbas de esta necrópolis solamente podrá conocerse de manera completa cuando la fortuna nos depare algún hallazgo en zonas que no hayan sufrido ninguna remoción.

### Los objetos del ajuar funerario

Todos los objetos que se estudian en este epígrafe pertenecieron con seguridad a la misma tumba aunque, como ya he indicado, es muy probable que el ajuar completo incluyera otros objetos. A pesar de esto, las piezas recuperadas forman un conjunto tan significativo, no sólo por su número sino por la variedad de sus formas y sus características materiales, que resulta suficiente para establecer el marco cronológico y cultural de esta tumba. Y aunque estos datos no sean extrapolables a toda la necrópolis, se puede pensar que, al menos, sean aplicables a una parte importante de ella.

#### N.º 1.—Copa de terra sigillata, Haltern 14.

Presenta un perfil externo en  $3/4$  de esfera con el borde sencillo redondeado y remarcado exteriormente por dos acanaladuras; lleva dos asas anulares bífidas, en posición vertical, que se bifurcan en la parte superior y se repliegan formando sendos apéndices en ojiva. El pie anular tiene la cara externa facetada, con dos ángulos poco marcados, y la interna con un solo ángulo muy abierto (fig. 6, n.º 1)

Toda la superficie exterior del vaso, desde las acanaladuras hasta el pie, está decorada con series de estrías, realizadas con ruedecilla dentada de varios tipos y dispuestas en bandas horizontales. La presencia de estrías bajo el arco que forma cada asa indica que la decoración se efectuó antes de acoplar las asas al vaso.

La pasta, apreciable en zonas de fractura y desconchados, presenta una cocción uniforme, es de color marrón claro (M-25 de A. Cailleux) y su textura es muy fina, compacta y bien depurada; examinada con binocular, se observa un moteado blanquecino abundante, de grano muy fino y de naturaleza calcárea

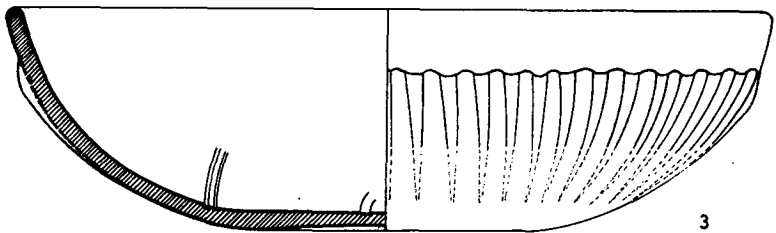
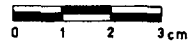
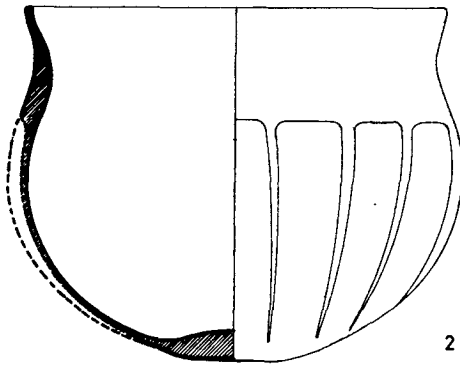
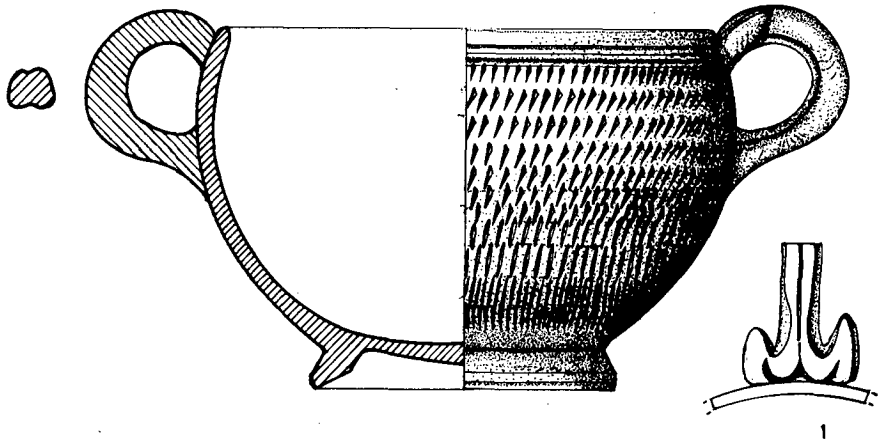


Fig. 6. Ajuar de la tumba. 1. Copa de Sigillata *Haltern 14*.—2. Cuenco de vidrio de color azul cobalto.—3. Cuenco de vidrio de color verdoso.

que podría haber formado parte de la arcilla en su estado natural. Se advierte también la presencia de mica muy dispersa.

El barniz es de color castaño-rosáceo (S-39) y forma una película fina, uniforme, algo brillante y bien adherida a la pasta, especialmente en la superficie interior del vaso. Las huellas que se aprecian alrededor de las asas indican que el barniz se retocó con brocha en estas zonas. En torno al pie se advierten varias zonas con huellas dactilares en las que el barniz es más tenue y la coloración algo más clara.

Dimensiones: altura máxima, 76 mm.  
diámetro de la boca, 100 mm.  
diámetro del pie, 61 mm.

Esta pieza de Palencia responde a la Forma 38.3 del *Conspectus Formarum*<sup>24</sup>.

Resulta muy difícil y arriesgado asignar a esta copa un determinado lugar de origen ya que la ausencia en ella de marca de fabricante y de decoración en relieve nos priva de los dos elementos esenciales para poder relacionarla con un taller concreto. Por otra parte, las descripciones que habitualmente se hacen sobre la naturaleza y el color de la pasta y del barniz resultan con frecuencia de escasa utilidad para comparar piezas de distinta procedencia por el alto grado de subjetividad que en ellas se encierra y porque los términos referenciales que suelen utilizarse difícilmente permiten reflejar los matices de cada pieza. Así, pues, utilizando como criterio fundamental la mayor o menor afinidad tipológica con piezas de otras procedencias, haré un intento de aproximación al origen de esta copa palentina.

Tres son las hipótesis básicas que pueden formularse sobre el posible origen de esta pieza. Descartada su procedencia hispánica, cabría pensar en un origen sudgálico de los centros de producción de Bram, Montans o la Graufesenque donde esta forma se ha documentado entre las más antiguas de tradición itálica<sup>25</sup>.

Ciertamente, ni la pasta ni el barniz de la pieza palentina se corresponden con los productos típicamente sudgálicos; sin embargo, no se puede decir lo mismo respecto de las primeras sigillatas gálicas, fabricadas quizás por talleres de origen itálico y con la técnica y el repertorio de formas propios de Arezzo, en las que existen notables variaciones tanto en la naturaleza y coloración de la pasta como en el tipo de cocción.

Las piezas sudgálicas de la forma Hal. 14 se vienen fechando en época de Tiberio, entre el 15 y 40 d. C.<sup>26</sup>, y en esta época se sitúan las de Trier, Velsen, Tittelberg y Vindonisa<sup>27</sup>. Como sudgálico se ha considerado el único fragmento

<sup>24</sup> AA. VV. *Conspectus Formarum Terrae Sigillatae italico modo confectae*. Bonn, 1990, p. 118, Taf. 34.

<sup>25</sup> AA. VV. La Terre Sigillée galo-romaine, en *Documents d'Archéologie Française*, n° 6, París 1986, p. 50, fig. 1, n° 300; p. 68, fig. 3; p. 100, fig. 2.

<sup>26</sup> FEUGERE, M., PONCET, J. y VAGINAY, M. «Cerámiques ornées d'époque Tibère-Claude trouvées a Roanne (Loire), *Figlina 2* (1977) pp. 122, n° 5, planche X, n° 9. MARTIN, Th. y GARNIER, J. F. «Ceramique aretine et sigillée sudgaloise precoce d'Excisum a Villeneuve-sur-Lot (Lot-et-Garone), *Figlina 2* (1977) p. 163, fig. 5, núms. 53 y 54.

<sup>27</sup> VON SCHNURBEIN, S. *Die unverzierte terra sigillata aus Haltern*, en *Bodenaltertüner Westfalens*, 19-1. Aschendorff Münster, 1982, p. 63.

hasta ahora publicado del yacimiento palentino de Herrera de Pisuerga y otro de Segóbriga<sup>28</sup>.

Una segunda hipótesis consistiría en vincular el vaso palentino con algún taller noritálico del Valle del Po. Esta hipótesis resulta obligada después del trabajo de L. Mazzeo sobre la terra sigillata noritálica ya que la forma Hal. 14 se incluye en el repertorio de formas utilizadas por talleres noritálicos. La mencionada autora señala que la mayor concentración de ejemplares correspondientes a esta forma se encuentra en Bolonia, lo que induce a pensar que proceden de algún taller situado en la región emiliana; como lugares donde se han documentado ejemplares noritálicos de Hal. 14 señala Budrio, Bolonia, Magdalensber y Titelberg, situando su cronología en los 15 últimos años del siglo I a. C.<sup>29</sup>.

Los tres ejemplares de esta forma que Mazzeo incluye en su catálogo ofrecen entre sí acusadas variantes, fundamentalmente en la relación altura/diámetro y en el mayor o menor espacio decorado con ruedecilla. De ellos, sólo el núm. 2, procedente de Bolonia, presenta una tipología cercana al vaso de Palencia aunque entre ambos existen diferencias significativas.

Esta hipótesis no responde a un mero planteamiento teórico sino que adquiere ya un fundamento real después de las excavaciones que se vienen realizando en el yacimiento palentino de Herrera de Pisuerga donde se ha comprobado la presencia de productos noritálicos<sup>30</sup>.

<sup>28</sup> PEREZ GONZALEZ, C. *Cerámica romana de Herrera de Pisuerga (Palencia, España). La terra sigillata*. Santiago de Chile 1989, p. 285, fig. 34, n.º 54. La atribución sudgálica de este fragmento, a juzgar por el tipo de pasta y barniz, me parece problemática. SANCHEZ-LAFUENTE, J. *Terra Sigillata de Segóbriga y ciudades del entorno: Valeria, Complutum y Ercauica*. Universidad Complutense, 1990, p. 111.

<sup>29</sup> MAZZEO, L. «Terra Sigillata Nord-Itálica», en *Enciclopedia dell'Arte Antica (Atlante delle Forme Ceramiche II)* Roma 1985, p. 193, Tav. LV, núms. 1, 2 y 3.

<sup>30</sup> Los resultados que se vienen obteniendo recientemente en las excavaciones de Herrera de Pisuerga, además de corroborar la abundancia de sigillata itálica y sudgálica, permiten empezar a valorar la presencia de productos noritálicos a los que se ha venido prestando escasa atención. (C. Pérez González *op. cit.*, p. 194). Especialmente significativo es el cubilete «tipo Aco» (p. 64, n.º 35), con barniz exterior vidriado y «craquelado» que lleva la marca (PH)ILARCVRVS NORBA(NI) de indiscutible procedencia noritálica. (M.P. Lavizzari *Cerámica romana di tradizioni ellenistica... Il vasellame «tipo Aco»*. Firenze 1987, pp. 73 y ss.). De origen noritálico sería también, en opinión de Mayet (*Les ceramiques sigillées hispaniques*. París 1984, p. 16) el alfarero L. Terentius que fabrica productos para la Legio IIII Macedónica, aunque Balil y otros no comparten esta opinión («Terra sigillata hispánica...», *B.S.A.A.* LII, p. 249).

Por mi parte, debo indicar que en el Museo de Palencia se conservan cuatro fragmentos cerámicos con la marca L. TEREIN / L. IIII. (Inv. núms. 7.242 a 7.245), procedentes de Herrera de Pisuerga, que presentan unas características muy peculiares tanto en el barniz como en la pasta:

El n.º 7.242 es de barniz negro y pasta gris (P-73).

El n.º 7.243 tiene el barniz pardo oscuro (S-51) y la pasta gris rosa (N-53).

El n.º 7.244 tiene el barniz gris pardo oscuro (S-71) y la pasta gris pardo (N-71).

El n.º 7.245 presenta un barniz marrón con diversas tonalidades: la superficie interna del fondo es de color rojo oscuro en el círculo central (T-33) y marrón oscuro en la corona circular; la superficie exterior varía entre los tonos rojo y rojo oscuro (S-37/T-11). La pasta es roja (R-19).

Las características de estas cuatro piezas, similares a otras publicadas por García Bellido (*E.A.E.* 2, figs. 20 a 23) me inducen a relacionarlas con las sigillatas del Valle del Po influenciadas por la tradición campaniense (G. Fiorentini. «Prime osservazioni...», *R.S.L.* XXIX, 1963, pp. 40 y ss.).

Por último, la tercera hipótesis consiste en relacionar la copa de Palencia con alguno de los talleres itálicos como Puteoli o Pisa, excluido Arezzo, ya que esta forma Hal. 14, según Goudineau, no existe en las producciones aretinas<sup>31</sup>.

La procedencia itálica de piezas correspondientes a esta forma ha quedado atestiguada en el riguroso trabajo de Von Schnurbein sobre la sigillata lisa procedente de las excavaciones de Haltern. Al asa que sirvió a Loeschke para establecer la forma Hal. 14<sup>32</sup>, se suman ahora cuatro piezas más, una de ellas prácticamente completa<sup>33</sup>. Esta última, la n.º 1.609, me llama especialmente la atención por la singular afinidad morfológica que presenta con la pieza de Palencia; ambas coinciden en las proporciones y en la relación altura/diámetro; en la curvatura de la pared en 3/4 de esfera; en la decoración a ruedecilla que cubre toda la superficie externa y en el engrosamiento que presenta el fondo en su parte central. En cuanto a las acanaladuras exteriores bajo el borde, la de Haltern tiene solamente una y la de Palencia, dos. La única diferencia sensible radica en el perfil del pie y nada se puede decir de las asas puesto que en la de Haltern sólo se conserva el arranque de ellas.

Aunque todas estas coincidencias inducirían a pensar en un origen común de ambas piezas, debo señalar que existe entre ellas una diferencia significativa: en la de Palencia no aparece la fina capa blanquecina que la de Haltern tiene bajo el barniz y que ha servido a Von Schnurbein para establecer la Calidad I<sup>34</sup>. Esto podría indicar, al menos, que no proceden del mismo taller aunque no se excluya la procedencia de una misma zona.

Dentro de la Península Ibérica, los fragmentos pertenecientes a la Hal. 14 que hasta ahora se han catalogado como de procedencia itálica son muy escasos. El lote más significativo procede de las excavaciones de Pollentia y ha sido estudiado por Etlinger<sup>35</sup>. La autora recoge solamente ocho de los treinta fragmentos que podrían atribuirse a la Hal. 15 y parece admitir su origen itálico, ya que los incluye bajo el epígrafe general *Arretine plain ware*, aunque en otra parte de su trabajo indica que no es posible determinar si son itálicos o sudgálicos<sup>36</sup>. Siete de los ocho fragmentos citados (núms. 262, 263 y 265 a 269) presentan unas característi-

<sup>31</sup> GOUDINEAU, C. *La ceramique aretine lisse*. París 1968, p. 24 (reimpresión, Roma 1979). Los fragmentos B-a-4 y B-b-5, recogidos en las páginas 135 y 137, respectivamente, podrían pertenecer a la forma Hal. 14 según ha observado E. Etlinger en su trabajo sobre la terra sigillata de Pollentia, pp. 64 y 112.

<sup>32</sup> LOESCHKE, S. *Keramische Funde in Haltern*, en *Mitt. der Alt. f. Westfalen*, 1909, p. 153, fig. 5,1. Para establecer la forma de esta pieza tomó como referencia un ejemplar de Trier clasificado como sudgálico y fechado en época de Tiberio.

<sup>33</sup> VON SCHNURBEIN, S. *Op. cit.*, p. 207, Tafel 68, n.º 1.609 y Tafel 69, núms. 1.610-1612.

<sup>34</sup> VON SCHNURBEIN, S. *Op. cit.*, p. 5.

<sup>35</sup> ETLINGER, E. «The terra sigillata of the excavation at Sa Portela, Alcudia, Mallorca». Palma de Mallorca, 1983, pp. 64 y 112., pl. 10, núms. 262 a 269 y pl. 17, núm. 354; este último es fotografía del n.º 262. ARRIBAS, A. y otros. *Pollentia I, E.A.E.*, n.º 77, fig. 39, n.º 5; 43, núms. 12 y 14; 69, n.º 9; 70 I, n.º 10; 70 IV, n.º 4. *Pollentia II, E.A.E.*, n.º 98, fig. 90 IV, n.º 7; 96 III, n.º 9; 103 I, n.º 3. La mayor parte de todos estos fragmentos se incluyen bajo la denominación de t. s. aretina.

<sup>36</sup> ETLINGER, E. *ibid.*, p. 112.

cas formales similares a las del vaso de Palencia, tanto en la curvatura de la pared como en la decoración a ruedecilla y en las acanaladuras bajo el borde; además, el asa que se conserva en el fragmento n.º 262 ofrece una semejanza tan estrecha con las del vaso palentino que resulta inevitable pensar en el origen común de ambas piezas e, incluso, que procedan de una misma mano. Así, pues, si los fragmentos de Pollentia fueran de origen itálico, es probable que la copa de Palencia tenga también ese mismo origen.

Como itálicas se han catalogado, asimismo, una pieza procedente de Conimbriga que presenta acusadas diferencias con la de Palencia; siete fragmentos de Segóbriga; varios fragmentos de Can Xammar (Mataró) y otros dos fragmentos del casco urbano de Lleida<sup>37</sup>.

Así, pues, a tenor de cuanto queda expuesto me inclino a pensar que la pieza palentina proceda de algún taller itálico, aunque no se pueda excluir de manera absoluta otro origen distinto como el noritálico-padano o, incluso, el sudgálico.

Si, como acabo de señalar, los criterios basados en las características morfológicas de esta copa resultan insuficientes para llegar a conclusiones seguras sobre su origen, otro tanto ocurre al valorar los resultados del análisis de su pasta. Una muestra analizada por el Servicio General de Análisis Químico Aplicado, de la Universidad de Salamanca, mediante Espectrómetro de Emisión en Plasma ICP (modelo Plasma II de Perkin-Elmer) presenta los elementos y porcentajes siguientes:

Rfa.	CaO	Fe <sub>2</sub> O <sub>3</sub>	TiO <sub>2</sub>	K <sub>2</sub> O	SiO <sub>2</sub>	Al <sub>2</sub> O <sub>3</sub>	MgO	MnO	Na <sub>2</sub> O	P <sub>2</sub> O <sub>5</sub>	H <sub>2</sub> O
% Oxidos	8,75	7,15	0,75	2,92	54,46	19,16	3,09	0,12	0,87	0,12	2,18

El cotejo entre estos resultados y los que Von Schnurbein ofrece en la Tabla 9 de su ya citada obra revela que los valores absolutos de los diversos componentes y la proporción existente entre los porcentajes de dichos componentes ofrecen en uno y otro caso un espectro muy similar. Pero, lamentablemente, de las 315 muestras que se incluyen en la citada Tabla 9, ninguna corresponde a los fragmentos por la Forma Halt 14 (n.ºs 1609 a 1612), de modo que, al no poder cotejar los elementos y porcentajes de óxidos en las piezas homólogas de Haltern y Palencia, tampoco se puede comprobar su posible origen común.

Estrechamente relacionado con el problema de su origen está el de su cronología, aunque en este aspecto, gracias a los datos complementarios que aportan los restantes objetos de la tumba se puede obtener una datación bastante precisa para esta copa.

<sup>37</sup> DELGADO, M., MAYET, F. y MOUTINHO, A. *Fuilles de Conimbriga IV. Les Sigillées*. París 1975, pp. 7 y 11, pl. II, n.º 25. SANCHEZ-LAFUENTE, J. *Op. cit.*, p. 40, fig. 11, núms. 105-111. CLARIANA, J.-F. *Can Xammar. La Terra Sigil.lata, Laietania*, 5 (1990), p. 101, núms. 226 y 228. Estos fragmentos se incluyen en el catálogo bajo el epígrafe «Aretina». PÉREZ ALMOGUERA, A. *La «terra sigillata» de l'antic Portal de Magdalena*. Lleida 1990, p. 32, fig. 15, núms. 219 y 220. La duda que el autor plantea sobre la atribución de estos fragmentos a las formas Haltern 13 ó 14 puede quedar resuelta, a mi juicio, en favor de la segunda, ya que las acanaladuras que ambas piezas llevan bajo el borde constituyen un elemento muy característico de la Haltern 14.



El marco cronológico que los diferentes autores vienen asignando a las distintas producciones de la Hal. 14 y, concretamente, el que se ha propuesto recientemente para las tres variantes que se establecen en el *Conspectus Formarum* comprende fundamentalmente la época augustea y los primeros años de Tiberio<sup>38</sup>. Dentro de estos límites, el yacimiento de Haltren ofrece una referencia bastante precisa para los ejemplares de procedencia itálica ya que su cronología se circunscribe al corto período que va del 7 a. C. al 9 d. C.<sup>39</sup>. Unos años antes habría que situar el origen de la Hal. 14 noritálica según las fechas propuestas por Mazzeo (desde el 15 a. C. hasta el cambio de Era) y algo posteriores serían los ejemplares sudgálicos de esta misma forma<sup>40</sup>.

Así, pues, de acuerdo con estas fechas y en coherencia con lo anteriormente expuesto sobre el probable origen itálico de la copa palentina, no se puede excluir que fuera fabricada durante la última década del siglo I a. C. Por otra parte, si se admite que estuviera en uso doméstico durante algunos años, habría que concluir que el momento de su última utilización como objeto de ofrenda funeraria debió producirse ya dentro de los primeros años de nuestra era.

A esta misma conclusión se llega si se tiene en cuenta que la fecha inicial de los dos cuencos de vidrio que estudiaré a continuación difícilmente puede llevarse hasta los últimos años del siglo I a. C. En consecuencia, la fecha de esta tumba puede situarse dentro del primer cuarto del siglo I d. C., con independencia del mayor o menor tiempo que cada uno de los objetos de la ofrenda funeraria hubiera podido estar en uso como utensilio doméstico.

N.º 2.—Cuenco de vidrio del tipo denominado «de costillas» («pillar-moulded bowl» o «Rippeschalen»), correspondiente a la forma Issings 3b (fig. 6, n.º 2).

Es un cuenco profundo en el que la altura y el diámetro de la boca son casi equivalentes. Su cuerpo es globular, con el cuello cóncavo, el borde algo saliente y una base plana de pequeño diámetro. Está muy fragmentado y se conservan las 2/3 partes con todos los elementos necesarios para conocer su forma completa. El vidrio es de color azul cobalto, de tono más intenso en aquellas zonas donde la pared es más gruesa como el cuello y el fondo.

Lleva una serie de finos nervios en relieve que se prolongan desde el cuello hasta el fondo; el número de nervios fue de 14. La observación de esta pieza con binocular revela que la superficie es muy lisa en las zonas intercostales y con una diminuta rugosidad alveolada en el resto. Dentro de la pared se advierten burbujas aisladas y algunas impurezas. La técnica de fabricación debió ser la de soplado en molde.

Dimensiones: altura, 70 mm.  
diámetro de la boca, 86 mm.  
diámetro máx. 93 mm.

<sup>38</sup> *Op. cit.*, p. 118, Taf. 34.

<sup>39</sup> VON SCHNURBEIN, *Op. cit.*, p. 137.

<sup>40</sup> MARTIN, Th. y GARNIER, J.-F. *Op. cit.*, p. 163.

N.º 3.—Cuenco de vidrio «de costillas» correspondiente a la forma Issings. 3c. (fig. 6, n.º 3).

Es un cuenco de ancha boca y escasa profundidad del que se conservan las 3/4 partes en 18 fragmentos. El vidrio es translúcido y de tonalidad verdosa. En el exterior presenta una serie de costillas en relieve que cubren la zona central del cuerpo prolongándose, en relieve casi imperceptible, hasta el fondo del vaso. El número de costillas conservadas es de 66 y el total debió ser de 93 ó 94. En torno al punto central del fondo lleva una acanaladura de pequeño diámetro y otras dos que marcan el diámetro total de la base.

Observado con binocular, se advierten diminutos y abundantes alveolos en ambas superficies y pequeñas burbujas de aire en el interior de la pared. Está fabricado a molde.

Dimensiones: altura, 45 mm.

diámetro de la boca, 159 mm.

Los cuencos de costillas, en sus distintas variantes, tuvieron una amplia difusión y aparecen con frecuencia en los yacimientos romanos desde época augustea hasta el siglo II d. C., con un mayor predominio en época de Claudio-Nerón<sup>41</sup>.

Dentro de la provincia de Palencia, los cuencos de costillas parece que gozaron de una especial aceptación en Herrera de Pisuerga a juzgar por los datos que hasta ahora se conocen; de los 39 fragmentos de vidrio publicados por Vigil, todos ellos procedentes de hallazgos casuales de Herrera, 17 corresponden a cuencos de costillas<sup>42</sup>; a éstos hay que añadir otros tres fragmentos dados a conocer por García Bellido<sup>43</sup>.

De Palencia capital proceden cinco cuencos de costillas sin que se conozca el lugar concreto donde fueron hallados; uno de ellos se conserva en el Museo de Palencia<sup>44</sup> y los restantes formaron parte de la colección Simón y Nieto<sup>45</sup>.

Tanto los fragmentos de Herrera como los cuencos de Palencia carecen de

<sup>41</sup> ISSINGS, C. *Roman Glass from dated finds*. Gröningen 1957, pp. 17-21. SCATOZZA, L. A. *I vetri romani di Ercolano. Cataloghi I*. Roma 1966, pp. 25-31. BERGER, L. *Römische Gläser aus Vindonissa*. Basel 1960. CZURDA RUTH, B. *Die römischen Gläser vom Magdalerberg, Kärntner Museumschriften*, 65, Arch. Forsch. Grab. auf dem Magd. 6. Klagenfurt 1979. CRIVELLI, A. «I vetri romani di Locarno», *Verbanus I*, 1979. GOETHERT, K. *Katalog der römischen Gläser des rheinischen Landes-Museums Trier*. (Tr. Grab. und Forsch. 9). Mainz 1977. ALARÇAO, J., DELGADO, M. y MAYET, F. *Fuilles de Conimbriga VI*, París 1976. FLOS, N. *Baetulo. Els Vidres*. Badalona 1987, pp. 57 y ss.

<sup>42</sup> VIGIL, M. «Vidrios de Herrera de Pisuerga», *A.E.A.* XXXI (1958), pp. 211-214 y XXXII (1959), pp. 161-163.

<sup>43</sup> GARCIA BELLIDO, A. y otros, *Herrera de Pisuerga, E. Arq. E. 2*, pp. 63 y 64. En esta misma publicación se incluyen los dos trabajos de Vigil citados en la nota anterior.

<sup>44</sup> Este cuenco corresponde a la forma 3a; es de vidrio translúcido de color azulado y está fabricado mediante la técnica de soplado en molde de dos piezas simétricas. La base es ligeramente cóncava y moldurada. La alternancia de costillas y rehundidos en la superficie externa se corresponde con rehundidos y costillas en la interna.

<sup>45</sup> *Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional (1940-1945)*. Madrid 1947, p. 98, lám. XXXV, n.º 984.

contexto arqueológico conocido y, por tanto, en nada contribuyen a establecer una cronología más precisa que la habitualmente asignada a este tipo de cuencos dentro del siglo I d. C.<sup>46</sup>.

Así, pues, para fijar la cronología de los dos cuencos aquí estudiados hay que recurrir a sus elementos formales y al contexto arqueológico de los diversos objetos que formaban el ajuar funerario de la tumba.

En cuanto a los elementos formales, sólo cabe destacar la existencia de acanaladuras internas en el cuenco de la forma 3c que permitirían fecharlo antes del 30-40 d. C., según la opinión defendida por Berger para los cuencos con este tipo de ranuras internas<sup>47</sup>.

Y en razón del contexto arqueológico de la tumba, hay que concluir que ambos cuencos son coetáneos de la copa de sigillata Haltern 14, al menos en su última utilización como objetos de ofrenda funeraria. Su fecha debe situarse, por tanto, dentro del primer cuarto del siglo I d. C.

#### N.º 4.—Pequeño plato con decoración pintada en ambas superficies.

Está fabricado a torno y sus paredes, muy abiertas y casi rectas, terminan en un borde sencillo con dos estrías en la parte superior y un acusado engrosamiento interior; el pie, de perfil poco marcado, se prolonga en un fondo ligeramente cóncavo (fig. 7, n.º 4).

La pasta es muy compacta, está bien depurada, bien cocida y presenta una coloración rosácea uniforme (M-35). El deterioro que ofrecen ambas superficies, especialmente la interna, no impide comprobar que fueron cuidadosamente alisadas para obtener una fina tersura.

Sólo a través del binocular se puede observar que su principal desgrasante consiste en abundantes partículas brillantes que parecen ser de mica; lleva también partículas blanquecinas de apariencia calcárea, más gruesas y dispersas, y otras de color marrón.

Para la decoración pintada se utilizó un pigmento negro que actualmente presenta una tonalidad desvaída como consecuencia de un proceso de decoloración y pérdida parcial de la capa pictórica.

La decoración de la superficie externa responde a un esquema compositivo sencillo y bien estructurado, de carácter exclusivamente geométrico. La pared está ocupada por dos coronas circulares, delimitadas por estrechas líneas, con un pequeño espacio libre entre una y otra corona. La corona de mayor diámetro lleva una serie de espacios triangulares rellenos con arcos concéntricos. La otra corona está ocupada por grupos de líneas paralelas, dispuestas verticalmente, que alternan con espacios libres en forma de metopas. El fondo está decorado con dos grupos de tres líneas paralelas que se cruzan en aspa y dan lugar a un reticulado central.

<sup>46</sup> VIGIL, M. *Op. cit.*

<sup>47</sup> BERGER, L. *Römische Gläser aus Vindonissa* (Veröffentlichungen der Gesellschaft pro. Vindonissa, IV). Bale 1960, p. 23.

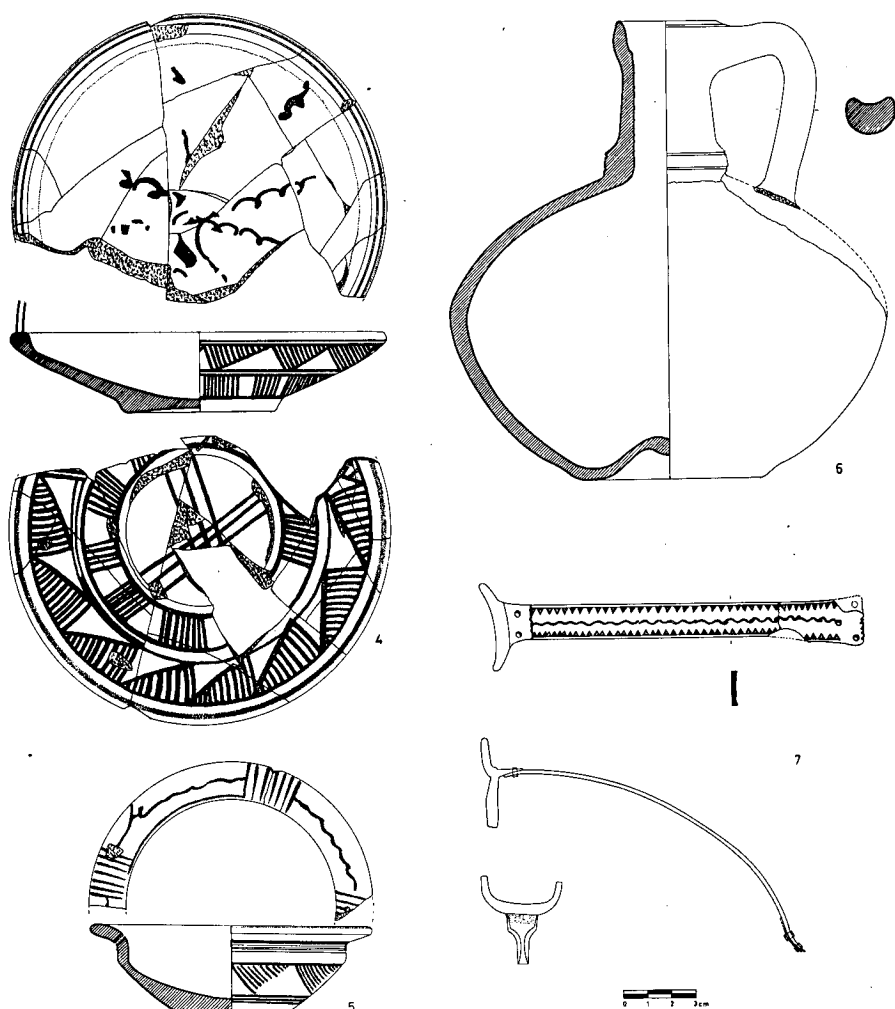


Fig. 7. Ajuar de la tumba. 4. Plato a torno con decoración geométrica pintada.—5. Pequeño plato a torno con decoración geométrica pintada.—6. Olpe de cerámica común.—7. Mango de bronce con remate en cabeza de toro.

En la cara interior del plato se ha perdido casi totalmente la película producida por el alisamiento superficial y con ella ha desaparecido también casi toda la decoración; los escasos restos de pintura que se conservan dejan entrever líneas onduladas dispuestas de forma radial.

Dimensiones: diámetro de la boca, 150 mm.  
altura, 33 mm.

## N.º 5.—Platito fabricado a torno, con decoración pintada.

El perfil exterior del plato presenta una pared casi recta, con carena redondeada bajo el cuello y un borde voladizo en el que se conserva una de las dos perforaciones que debió tener; la otra ha desaparecido con el único fragmento que falta. El cuello lleva dos estrías poco marcadas y el fondo es totalmente plano (fig. 7, n.º 5).

La pasta presenta unas características similares a las del plato anterior con los desgrasantes un poco más gruesos. Toda la superficie externa y la cara interior del borde están alisadas. El color es rosáceo, algo más claro en las superficies que en el grueso de la pared.

El color de la pintura y los motivos decorativos son los mismos que en el plato anterior aunque en este caso el esquema de composición es más sencillo. En el exterior, varias líneas paralelas delimitan una corona en la que se repiten los espacios triangulares rellenos de arcos concéntricos. En la cara interna del borde, lleva cuatro grupos de líneas paralelas, en posición radial, separados por una línea ondulada continua.

Dimensiones: diámetro del borde, 107 mm.  
altura, 36 mm.

Le falta una pequeña parte de la pared y del borde.

Como dato previo y determinante para el estudio de estos dos platos, debo anticipar que su cronología ha de ser necesariamente la misma que la asignada a los vasos de sigillata y vidrio ya estudiados puesto que unos y otros fueron utilizados simultáneamente como ofrenda funeraria en la misma tumba. Han de situarse, por tanto, en pleno proceso de romanización como corresponde a los últimos años de Augusto o primeros de Tiberio, según dejé ya expuesto.

Con esta premisa, resultaría ocioso buscar precedentes y paralelos formales o decorativos en fechas y áreas geográficas alejadas del marco cronológico-cultural en el que se insertan estos dos platos. Baste anotar, por vía de ejemplo, una breve cita bibliográfica que podría hacerse casi interminable<sup>48</sup>.

Ciñéndome, pues, al área celtibérica y, más concretamente al ámbito vacceo en el que se encuadran estos dos platos, lo primero que debo destacar es que ambas formas constituyen una novedad dentro de la cerámica pintada. Ninguna de ellas se registra en las tablas tipológicas que hasta ahora se han venido haciendo sobre zonas limitadas o sobre yacimientos concretos<sup>49</sup>. Tampoco he hallado for-

<sup>48</sup> Sobre precedentes formales en cerámica gris:

ARANEGUI, C. «La cerámica gris monocroma. Puntualizaciones sobre su estudio», *Papeles del laboratorio de A. de Valencia*, 11, 1975. BELEN, M. «Estudio y tipología de la cerámica gris en la provincia de Huelva», *R.A.B.M.* n.º LXXIX, 2 (1976), pp. 353 y ss., figs. 3 a 5.

Sobre tipología y decoración: PERICOT, L. *Cerámica Ibérica*. Barcelona, s. f. BLAZQUEZ, J. M.<sup>a</sup> *Cásulo I*, A.A.H. n.º 8, 1975, figs. 79, 87, 98, 115, etc. PRESEDO, J. *La necrópolis de Baza*, E.A.E., n.º 119, 1982, figs. 14, 60, 64, 66, 131, etc. BRONCANO, S. y BLANQUEZ, J. *El Amarejo*, E.A.E. n.º 139, 1985 y 156, 1989. ROS, M. M. *La pervivencia del elemento indígena. La cerámica Ibérica*. Universidad de Murcia, 1989. ARANEGUI, C. y PLA, E. «La cerámica Ibérica», en *La baja época de la cultura Ibérica*. Madrid 1979, pp. 73 y ss.

<sup>49</sup> DIAZ, A. «La cerámica de la necrópolis celtibérica de Luzaga (Guadalajara) conservada en

mas similares en los principales yacimientos palentinos donde abunda la cerámica celtibérica pintada: Tariego, Palenzuela, Monte Cildá, Saldaña, Paredes de Nava y la propia zona de Eras del Bosque en la capital palentina<sup>50</sup>. Lo mismo ocurre en otros lugares del entorno palentino como Castrojeriz, Roa, Clunia, Simancas, Soto de Medinilla, etc.<sup>51</sup> y en muchos más de la celtiberia<sup>52</sup>.

Cierto es que los materiales cerámicos, si se exceptúan los de algunas necrópolis, suelen hallarse en un estado tan fragmentario que resulta muy difícil identificar los posibles paralelos formales; así ocurre, por ejemplo, con fragmentos atribuidos a copas celtibéricas que podrían pertenecer a platos similares a los que ahora me ocupan<sup>53</sup>.

En cualquier caso y a pesar de los condicionantes que acabo de señalar, la ausencia de estos dos tipos de plato en los yacimientos reseñados puede interpretarse como prueba de que su forma no constituyó parte del elenco habitual de la vajilla celtibérica pintada.

Y, si esto es así, cabe preguntarse cuál fue el origen de estas dos formas. La respuesta admite diversas hipótesis: desde la elemental capacidad de un alfarero local para crear formas nuevas hasta la inspiración en vasos romanos coetáneos<sup>54</sup> o, incluso, la imitación de formas correspondientes a otros tipos cerámicos ya en desuso<sup>55</sup>.

el M.A.N.», *R.A.B.M.*, LXXIX, 2 (1976), pp. 398 y ss. Únicamente el plato de la fig. 18,6 guarda una cierta semejanza con el nº 4 aquí estudiado. WATTENBERG, E. *Tipología de cerámica celtibérica en el valle inferior del Pisuerga*. Valladolid, 1978. ABASOLO, J. A., RUIZ, I. y PEREZ, F. «Castrojeriz I: El vertedero de la Colegiata», *N.A.H.*, 17, pp. 193 y ss., fig. 47. CASTIELLA, A. *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*. Pamplona 1977, p. 307. SACRISTAN, J. D. *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid 1986, pp. 162 ss., figs. 11 a 16. ABASCAL, J. M. *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica*. Madrid 1986, fig. 166 a 172.

<sup>50</sup> CASTRO, L. de y BLANCO, R. «El Castro de Tariego de Cerrato (Palencia)», *P.I.T.T.M.*, nº 35, pp. 55-138.

CALLEJA, M. V. «Excavaciones en Tariego de Cerrato», *P.I.T.T.M.*, nº 37, pp. 80-83. He revisado el material inédito de las diversas campañas de excavación sin hallar ningún plato similar a los aquí estudiados.

CASTRO, L. de. *La necrópolis de Pallantia*. Palencia 1971. Sobre esta necrópolis de Palenzuela hay que esperar la publicación sobre las excavaciones realizadas por R. Martín Valls que han proporcionado un extraordinario conjunto de materiales.

GARCIA GUINEA, M. A. y otros. *Excavaciones de Monte Cildá. Olleros de Pisuerga (Palencia)*, E.A.E., Nº 82.

ABASOLO, J. A. y otros. *Excavaciones en el yacimiento de la Morterona, Saldaña (Palencia)*. Palencia 1984, pp. 139 y ss., fig. 49.

NIETO, G. «El yacimiento prerromano de Paredes de Nava (Palencia)», *B.S.A.A.*, IX, 1943.

<sup>51</sup> ABASOLO, J. A. *Op. cit.* SACRISTAN, J. D. *Op. cit.* WATTENBERG, F. *La Región Vasca, B.P.H.*, vol. II, Madrid 1959; *Estratigrafía de los cenizas de Simancas (Valladolid)*. Valladolid 1978.

<sup>52</sup> Como síntesis sobre distintos yacimientos, véase: A.A.V.V. *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza 1990, p. 69, fig. 4 y 5; 97, fig. 6; 117, fig. 7 y 155, fig. 3.

<sup>53</sup> SACRISTAN, J. D. *Op. cit.*, p. 175.

<sup>54</sup> La posibilidad de que estos platos estén inspirados en las formas 6b y 9 de Goudineau (areti-na lisa) me parece remota.

<sup>55</sup> La imitación de formas tardías de cerámica ibérica, gris, de barniz rojo o, incluso, de campaniense como la 36 y 55 de Lamboglia, me parece poco probable.

En cuanto a la decoración que ofrecen estos dos platos, se puede decir que tanto los motivos utilizados como su combinación dentro del esquema ornamental de cada plato responden al gusto tradicional celtibérico y, más concretamente, al específico del área vaccea donde los recursos temáticos son muy limitados y casi exclusivamente geométricos<sup>56</sup>.

El estilo decorativo de ambos platos se puede calificar, por tanto, de netamente indígena aunque cronológicamente corresponda ya a una etapa plenamente romana; incluso, el alfarero debió ser, casi con seguridad, indígena. Se puede, por tanto, decir que estas dos piezas son «indígenas de época romana» en contraposición a las denominadas «romanas de tradición indígena» con las que se inicia un nuevo estilo decorativo en el que se conjugan armónicamente algunos motivos tradicionales con otros tomados de la vajilla romana<sup>57</sup>.

N.º 6.—Olpe de cerámica común.

Está fabricado a torno, tiene el cuerpo casi globular, la base cóncava y un estrecho cuello cilíndrico. Una leve inflexión en la línea del cuello da lugar a un ligero ensanchamiento de la boca, formando un labio vertical adelgazado. La base del cuello está reforzada con una tosca y gruesa moldura en la que se marcan dos estrías circulares (fig. 7, n.º 6).

La pasta presenta las mismas características de color y composición física que en los dos platos anteriores, con la única diferencia de una mayor granulometría en los desgrasantes; esto hace que tenga un aspecto algo más tosco. Las superficies carecen de engobe y presentan, sobre todo la interna, las estrías producidas por el movimiento de rotación del torno.

Dimensiones: altura, 185 mm.

diámetro máx., 180 mm.

Le falta la mitad del cuerpo aunque esto no impide conocer la forma completa.

Supuesta ya la cronología de esta pieza por su vinculación con los objetos anteriormente estudiados, lo que ahora me interesa destacar es su casi segura procedencia del mismo alfar en que fueron fabricados los dos platos anteriores ya que todos ellos presentan similares características en cuanto a la composición de la pasta, la coloración y el tipo de cocción.

En cuanto a su forma, debo indicar que no figura en las tablas tipológicas de cerámica celtibérica<sup>58</sup> ni he hallado paralelos en la bibliografía sobre yacimientos del área celtibérico-vaccea. Morfológicamente, parece muy cercana a las diversas variantes del tipo 38 ó 39 de M. Vegas<sup>59</sup>. Por tanto, si estas apreciaciones son correctas, podría tratarse de la temprana imitación de una forma romana.

<sup>56</sup> WATTENBERG, E. *Op. cit.*, CASTRO, L. y BLANZO R. *Op. cit.*

<sup>57</sup> ABASCAL, J. M. *Op. cit.*, p. 23.

<sup>58</sup> Véase la bibliografía de la nota 49.

<sup>59</sup> VEGAS, M. *Cerámica común romana del Mediterráneo Occidental*. Barcelona, 1973, p. 92, figs. 31 y 32.

Nº 7.—Mango de un recipiente de bronce (*simpulum*) con aplique terminal en forma de cabeza de toro.

El mango está formado por una fina y estrecha lámina de bronce, de suave curvatura y con un ligero reborde en cada uno de sus lados. En uno de los extremos lleva una cabeza de toro, de diseño muy estilizado, fabricada con independencia del mango y sujeta a él con dos remaches; en el extremo opuesto conserva un trocito de lámina, correspondiente al borde del recipiente, remachado con tres roblones dispuestos triangularmente (fig. 7, nº 7).

La cara superior del mango está decorada con dos franjas longitudinales con dientes de sierra separados y rellenos de puntos; cada diente está grabado en hueco y los puntos en relieve. Entre las dos franjas, marcando el centro longitudinal del mango, lleva una línea incisa, ondulada y de trazos discontinuos, que parece reflejar el perfil sinuoso de varias serpientes sucesivas. Sin embargo, la corrosión que ha sufrido la superficie no permite garantizar esta apreciación y podría tratarse de simples trazos ondulados<sup>60</sup>. Toda la decoración responde a la técnica del troquelado.

El primer inventario que sobre este tipo de mangos incluyó W. Schüle en su conocida obra *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel* estaba formado por veinte piezas procedentes de las provincias de Palencia, Burgos y Soria<sup>61</sup>. Todos ellos fueron agrupados bajo la denominación «Tipo Paredes de Nava» sin valorar las dos acusadas variantes que presentaba el aplique terminal —en cabeza de toro y en astas solamente— y sin hacer referencia al recipiente del que formaron parte.

En un reciente trabajo de Martín Valls sobre los *simpula* celtibéricos, el registro de piezas se ha elevado hasta cuarenta, el ámbito de dispersión se ha ampliado notablemente y se ha establecido una tipología de los recipientes con sus respectivos mangos<sup>62</sup>. Según esta tipología, sobre la que me permito añadir algunas observaciones a las que hace el propio autor<sup>63</sup>, este nuevo mango de Palencia debe

<sup>60</sup> Sobre la presencia y el significado de la serpiente en la decoración de objetos celtibéricos, puede verse: G. SOPEÑA, *Dioses, Ética y Ritos*. Zaragoza 1987, pp. 113 y 135.

<sup>61</sup> SCHULE, W. *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, M F. Berlin, 1969, Taf. 156, núms. 3 y 4; Taf. 163, núm. 45; Taf. 164, núms. 1-9; Taf. 170, núms. 17 y 21-27.

<sup>62</sup> MARTÍN VALLS, R. «Los "simpula" celtibéricos», *B.S.A.A.* LVI, 1990, pp. 144-169. A los ejemplares registrados puede añadirse otro más del Tipo I, procedente de Sasamón y conservado en el Museo de Burgos.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 151, fig. 1. La falta de datos precisos sobre algunas piezas aún no publicadas o mal conocidas hace que esta tipología resulte prematura y de escasa-utilidad en su aplicación. La utilización de criterios dispares para la definición de cada Tipo dará lugar a inevitables dudas y confusiones en la clasificación de futuros hallazgos. Así, para el Tipo I se ha empleado como único criterio de clasificación el remate del mango en cabeza de toro puesto que no se conoce ningún recipiente al que puedan asociarse estos mangos. En el Tipo II se han utilizado como elementos definitorios la forma del recipiente y el remate del mango en astas de toro que presentan las cuatro piezas metálicas de Palenzuela (núms. 10-13), pero no se ha tenido en cuenta la pátera de la Colección Monteverde (núm. 6) cuyo recipiente es totalmente distinto de los de Palenzuela; esta diferencia parece más que suficiente para haber establecido, al menos, una variante II b. En cuanto al Tipo IV, definido por la carena y el borde exvasado de su recipiente, cuyo fondo y remate del mango se desconocen, podría



incluirse en el Tipo I puesto que lleva como remate una cabeza de bóvido de diseño muy estilizado. Lamentablemente, como ocurre con todos los mangos del Tipo I hasta ahora conocidos, también en éste se ha perdido el recipiente y el pequeño trozo de lámina que se conserva unido al mango mediante remaches no permite siquiera conocer con precisión el perfil del borde.

El aspecto más significativo de este nuevo mango es la similitud que guarda con las otras nueve piezas que actualmnete existen en el Museo de Palencia, de las que sólo dos conservan parte del mango (núms. 624 y 625)<sup>64</sup>; uno de estos mangos es idéntico al que ahora me ocupa, tanto en la forma y dimensiones como en la decoración. En cuanto a la forma de las cabezas de toro, todas responden a un mismo estilo caracterizado por el tratamiento afacetado de la superficie, con planos yuxtapuestos en arista viva y sin concesión alguna a los detalles anatómicos. Todas estas coincidencias inducen a pensar que las piezas con estas características pudieron haber salido del mismo taller; y, si tenemos en cuenta su especial concentración en la zona palentina, no sería aventurado pensar que en ella hubiera estado situado dicho taller.

El origen y el carácter netamente celtibérico de estas piezas parece evidente y así lo ha señalado Martín Valls en el citado trabajo. Los motivos con que se decoran los mangos, como las series de triángulos rellenos de puntos, son de larga tradición celtibérica y se repiten reiteradamente en los broches de cinturón de Miraveche<sup>65</sup>. Por otra parte, la representación de prótomos de toro es frecuente en objetos celtibéricos de muy diversa índole: en algunas fíbulas<sup>66</sup>; en una copa de anillas y en un kernos, ambos en el Museo de Palencia<sup>67</sup>; en remates de asas y en pequeños objetos de carácter votivo<sup>68</sup>. No menos significativa es, a este respecto, la casi exclusiva presencia de estos mangos en yacimientos del área celtibérica; Paredes de Nava, Monte Bernorio, Palencia, Palenzuela, Lara de los Infantes, Numancia, etc., son asentamientos de origen celtibérico, aunque todos fueran luego romanizados.

---

considerarse como una variante del Tipo I, si su mango estuvo rematado en cabeza de toro, o del Tipo II, si el mango tuvo como remate solamente las astas.

<sup>64</sup> En el Libro Registro del Museo figuran once ejemplares con los números 610, 611 y 620-628, de los que sólo se conservan nueve. Su procedencia es dudosa ya que en la casilla correspondiente aparece Paredes de Nava con interrogante. En cualquier caso, es seguro que en el yacimiento conocido como «La Ciudad», muy próximo a Paredes de Nava han aparecido piezas de este tipo según se desprende de la relación que R. Navarro hace en el *Catálogo Monumental de la Provincia de Palencia*, vol. II, p. 96, núm. 990. Por otra parte, en un libro manuscrito de Ramón Ortiz de la Torre (1902), cuya Colección arqueológica con diversos objetos procedentes de Paredes pasó al Museo de Palencia, aparecen dos dibujos muy elementales de sendas cabezas de toro que pueden corresponder a este tipo de mangos.

<sup>65</sup> SCHULE, W. *Op. cit.*, Taf. 137, n.º 1; Taf. 140, n.º 16; Taf. 143, n.º 18; Taf. 151, n.º 8, etc.

<sup>66</sup> *Ibid.* Taf. 170, núm. 11; Taf. 172, núms. 10, 11 y 12.

<sup>67</sup> LION, M. C. «Copas de anillas en la Provincia de Palencia», *P.I.T.T.M.*, 56, p. 18, núm. 3. Esta copa, junto con otros materiales, ha pasado a formar parte de los fondos del Museo Arqueológico Provincial de Palencia por donación de Dña. María Simón de Terriente (Exp. 1989/1). BARRIL, M. «Dos imitaciones de kernoi en el Museo Arqueológico Provincial de Palencia», *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, Tomo I (1990), p. 339.

<sup>68</sup> WATTENBERG, F. *Las cerámicas indígenas de Numancia*, B.P.H., vol. VI, Madrid 1963, Tabla XVII, núms. 452, 453, 454 y 466.

Sobre la especial vinculación que estos recipientes parecen tener con las necrópolis y, más concretamente, con tumbas de guerreros así como sobre su significado ritual, poco se puede añadir a lo expuesto por Martín Valls. Por eso, me limitaré a señalar lo único que esta pieza aporta como novedad: su cronología.

Ante la imposibilidad de utilizar las características morfológicas y decorativas de este mango para establecer con precisión su cronología, de nuevo tengo que recurrir a la fecha ya asignada a los tres objetos romanos antes estudiados ya que, al formar parte del ajuar funerario de la misma tumba, necesariamente debieron coexistir durante un determinado período de tiempo. Como aquellos, por tanto, debe situarse este mango dentro del primer cuarto del siglo I d. C.

Obviamente, esta fecha debe corresponder ya a la última etapa de utilización de los *simpula* del Tipo I, cuya pervivencia difícilmente traspasaría los umbrales de la segunda mitad de dicho siglo.

Estos nuevos datos obligan a revisar en profundidad la cronología que Martín Valls establece para el Tipo I y que sitúa «dentro de la tercera centuria [a. C.], sin excluir su origen en un momento ligeramente anterior ni tampoco una posible perduración»<sup>69</sup>. Como base para esta conclusión cronológica el citado autor utiliza la fecha que, en su opinión, debe asignarse a unos recipientes de bronce procedentes de «La Hoya» (Alava) que paradójicamente incluye en el Tipo I a pesar de que su mango no lleve la cabeza de toro que ha utilizado como único elemento definitorio de dicho Tipo<sup>70</sup>. En consecuencia, si la premisa es errónea, la conclusión debe ser puesta en entredicho.

Lo mismo se puede decir de su categórica afirmación sobre «la anterioridad de los mangos rematados en cabeza de toro sobre los que únicamente ostentan las astas». La fecha tan avanzada de este nuevo mango de Palencia podría inducir a pensar justamente lo contrario. Sin embargo, mientras no existan datos fiables para determinar el momento inicial de los Tipos I y II, me parece más prudente mantener la opinión sobre la coetaneidad de ambos, si no en su nacimiento, sí durante la mayor parte de su existencia.

#### Nº 8.—Restos óseos de oveja y cerdo (lám. III. 2)

Las características anatómicas de estos huesos y la identificación de la especie faunística a la que pertenece cada uno de ellos han sido estudiadas por J. A. Bellver a quien pertenece el texto del Anexo I.

Por mi parte, sólo quiero indicar que la presencia de restos óseos de animales en las tumbas de la necrópolis de Eras del Bosque constituye un elemento más del carácter indígena de dichas tumbas y revela el fuerte arraigo de este rito funerario cuya práctica pervive en simbiosis con las nuevas costumbres romanas. La

<sup>69</sup> MARTÍN VALLS, R. *Op. cit.*, p. 152.

<sup>70</sup> Según me confirman Eliceo Gil e Idoia Filloy, del Instituto Alavés de Arqueología, que preparan el estudio de los materiales metálicos de «La Hoya», los mangos de estos recipientes no rematan en cabeza de toro. Habría, por tanto, que excluirlos del Tipo I.

presencia de restos óseos de animales está bien documentada en diversas necrópolis celtibéricas<sup>71</sup>.

## ANEXO I

Restos óseos de una tumba perteneciente a la necrópolis de Eras del Bosque.

por J. A. Bellever Garrido.

Las ocho piezas óseas que son objeto de análisis pertenecen a dos especies animales de mamífero doméstico: *Ovis aries* (oveja) y *Sus domesticus* (cerdo).

Los dos individuos clasificados son jóvenes, no pasando de los 2,5 años. Hemos de tener en cuenta que las tablas comparativas de edad se confeccionan con animales actuales que son de crecimiento más rápido; por eso, no sería aventurado pensar que no sobrepasaran los dos años.

Anatómicamente podemos hablar, para la oveja, de un fémur y un húmero derechos sin conexión pero coincidentes en su edad; por ello, decimos que estamos ante un individuo. En cuanto al cerdo, identificamos una pata trasera derecha que originariamente debió estar completa.

No hemos observado huellas de descarnamiento lo que es lógico ya que se ofrenda carne y no el soporte óseo. La morfología de las piezas es buena y no hay señales de patología.

OVEJA. (NR = 2).

*Fémur*: Extremo proximal (D). Identificación taxonómica a tenor de la cara lateral de la epífisis proximal.

Edad: 2,5 años. Curgy (1965) y G. González (1981), para razas autóctonas inglesa y aragonesa actuales.

*Húmero*: Sin epífisis distal por fractura accidental. La epífisis proximal no fusionada, perdida, indica un animal de entre 2 y 3 años. Curgy (1965) y G. González (1981).

CERDO. (NR = 5).

*Fémur*: Fragmento medio-distal (D). En conexión hemos encontrado un cuarto trasero casi completo.

*Tibia y peroné*: El buen estado de conservación es patente y así lo indica el que se haya conservado el peroné.

*Astrágalo y calcáneo*: Huesos bien consolidados. El tubérculo del calcáneo está fusionado.

Medidas.

Oveja:	Fémur,	AP	39,8	mm.
		AD	34	mm.
		L	162	mm.

<sup>71</sup> Por ejemplo en las de San Martín de Uceño, Carratiermes, Padilla de Duero, etc.

Cerdo:	Fémur,	AD	43,4	mm.
	Tibia,	AP	44,2	mm.
		AD	27	mm.
		L	185	mm.
	Astrágalo,	L	38,8	mm.
		A	22	mm.
		E	20	mm.
	Calcáneo	L	70,5	mm.

## ANEXO II

Como ya indiqué en páginas anteriores, los seis pequeños vasos que incluyo en este epígrafe fueron recogidos por el transportista palentino D. Angel Aragón entre las tierras removidas por la máquina excavadora al pie de la tumba que acabo de estudiar. Es imposible comprobar si estos vasos pertenecieron o no a dicha tumba pero, en cualquier caso, es seguro que formaron parte de la misma necrópolis.

Todos ellos presentan las mismas características materiales de modo que parecen salidos de la misma hornada. La arcilla es de color rosáceo pálido (M-45) con abundante y fino desgrasante arenoso que se manifiesta en motitas de color gris oscuro y marrón; es también abundante y fina la mica brillante y, en menor proporción aunque de grano más grueso, está también presente el cuarzo. En algunos casos aparecen asimismo motas blancuecinas muy dispersas, de naturaleza calcárea. Con excepción de este último componente, todos los demás son apreciables solamente con binocular. La cocción es buena y uniforme en todos los vasos, están fabricados a torno y carecen de pulimento o engobe en la superficie.

La perfecta conservación en que se encuentran, así como la total ausencia de indicios de utilización y las finas rebabas que se observan en algunos repliegues de bordes y fondos inducen a pensar que fueron fabricados expresamente para la ofrenda funeraria y no para el uso doméstico.

N.º 1.—Tacita que imita o copia con bastante perfección la forma Drag. 27 de sigillata, aunque es algo asimétrica en su diámetro (fig. 8, n.º 1).

Resulta imposible determinar si el ejemplar que sirvió de modelo era de sigillata itálica, gálica o hispánica.

Dimensiones: altura, 40 mm.

diámetro de boca, 69 mm. en un sentido y 73 en otro.

En el Museo de Palencia hay otras siete piezas similares, todas ellas completas. Una de estas (n.º 558) procede del solar del antiguo manicomio de mujeres; de las restantes (núms. 200, 268, 278, 279, 380 y 426) se desconoce su procedencia concreta aunque todas son probablemente de Palencia capital.

Otras dos piezas, cuyo paradero actual desconozco, fueron halladas en 1968 en la zona de Eras del Bosque en unión con otros materiales<sup>72</sup>.

N.º 2.—Pequeño cuenco trípode en forma de casquete esférico, con el labio engruesado interiormente y dos acanaladuras externas bajo el borde. Los tres pies son de forma cónica y fueron adheridos después de fabricado el cuenco (fig. 8, n.º 2).

<sup>72</sup> MAÑANES, T. «Nuevas cerámicas de tradición indígena en Palencia», *P.I.T.T.M.* 37, p. 77, lám. 4, núms. 13 y 14.

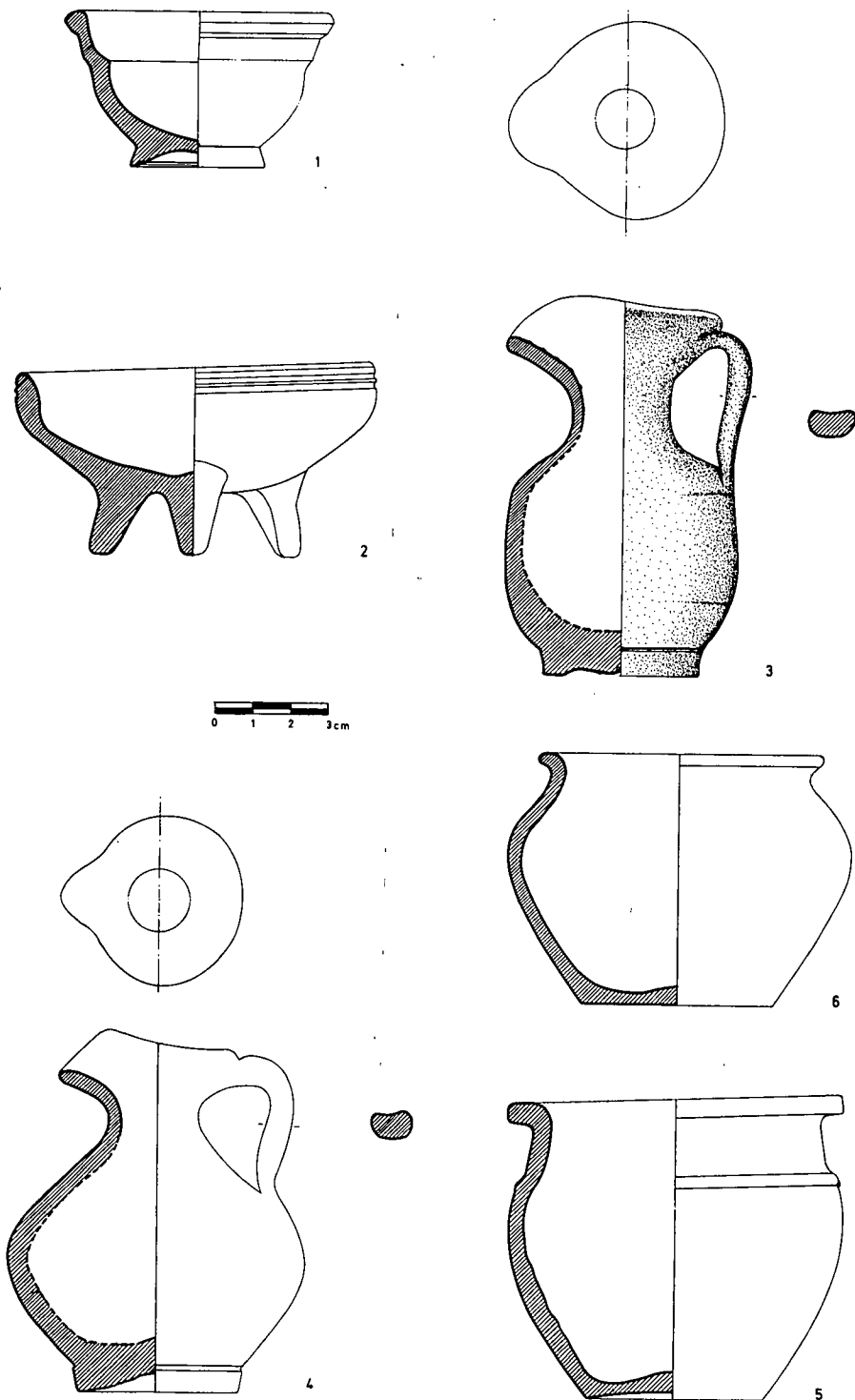


Fig. 8. Piezas halladas en las proximidades de la tumba. 1. Copia en cerámica común de la forma *Drag. 27* de la terra sigillata.—2. Cuenco trípode en cerámica común.—3 y 4. Jarritas con asa y boca lobulada de cerámica común.—5 y 6. Ollitas o cubiletes de cerámica común.

Dimensiones: altura, 49 mm.  
diámetro máx. 96 mm.

Tanto este tipo de cuenco trípode como otros vasos trípodes más complejos parecen de tradición indígena y debieron ser frecuentes en el entorno palentino a juzgar por la frecuencia con que aparecen en yacimientos como Tariego y Palenzuela<sup>73</sup>.

En el Museo de Palencia existen otros siete cuencos trípodes similares (núms. 162, 172, 383, 417, 6928, P-14 y P-15) de los que no consta su procedencia concreta dentro de Palencia. A éstos hay que añadir otros dos hallados en la zona de Eras del Bosque<sup>74</sup>, otro conservado en el Museo de Santander y cuatro más en el Museo Arqueológico de Valladolid, todos ellos de procedencia palentina<sup>75</sup>.

N.º 3.—Jarrita con asa, de cuerposeudocilíndrico, cuello estrecho y corto y ancha boca con pico lobulado. La base es ligeramente cóncava, mal rematada y con una grieta que no llega a calar al interior (fig. 8, n.º 3). En el pico y a ambos lados de él se conservan las huellas dactilares de los tres dedos utilizados para obtener la forma lobulada (pulgar, índice y corazón).

Dimensiones: altura máx., 100 mm.  
diámetro del cuerpo, 62 mm.; del cuello, 25 mm.; de la boca 51 mm.

N.º 4.—Jarrita de similares características que la anterior, incluso con las huellas dactilares y el agrietamiento del fondo. La única diferencia radica en las dimensiones y en la forma globular del cuerpo (fig. 8, n.º 4).

Dimensiones: altura máx., 94 mm.  
diámetro del cuerpo, 78 mm.; del cuello, 32 mm.; de la boca, 45 mm.

Similares a estas dos jarritas, caracterizadas por la boca lobulada con pico, hay en el Museo de Palencia otras doce, todas ellas completas y con variantes más o menos acusadas, que llevan los siguientes números: 190, 265, 266, 311, 360, 371, 381, 399, 422, 432, 437 y 441. Otras dos piezas hay en el Museo de Santander y cinco más en el de Valladolid<sup>76</sup>.

N.º 5.—Ollita o cubilete de perfil ovoidal con marcado gollete y borde voladizo casi horizontal. La carena que forma el hombro está realizada con una moldura poco acusada; la base es ligeramente cóncava y sin pie marcado (fig. 8, n.º 5).

Dimensiones: altura, 78 mm.  
diámetro boca, 89 mm.

N.º 6.—Ollita o cubilete similar al anterior, con el gollete y el borde menos acusados, el cuerpo más ovalado y la base totalmente plana (fig. 8, n.º 6).

Dimensiones: altura, 67 mm.  
diámetro borde, 76 mm.

De este tipo de cubiletes hay en el Museo de Palencia diecisiete ejemplares, todos ellos completos, con los siguientes números: 38, 109, 178, 251, 253, 263, 306, 313, 317,

<sup>73</sup> CASTRO GARCIA, L. «El vaso trípode en la segunda edad del hierro», *B.I.F.G.*, 178, 1972, pp. 111-115. MARTIN VALLS, R. «Prehistoria palentina», en *Historia de Palencia I*, 1984, p. 38.

<sup>74</sup> MAÑANES, T. *Op. cit.*, p. 77, lám. 4, núms. 18 y 19.

<sup>75</sup> LOPEZ, A. y OLEA, C. «Un grupo de cerámicas del Museo Regional de Prehistoria y Arqueología de Santander», *Sautuola V* (1986-1987), p. 249, fig. 4, n.º 9. CARRETERO, S. y GUERRERO, J. «La necrópolis romana de Eras del Bosque (Palencia). Nuevos materiales cerámicos». *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, tomo II, p. 370, fig. 3. Grupo IV.

<sup>76</sup> LOPEZ, A. y OLEA, C. *Op. cit.*, pp. 244 y 253, fig. 1, n.º 3 y fig. V, n.º 8. CARRETERO, S. y GUERRERO, J. *Op. cit.*, p. 369, figs. 1 y 2, Grupo II.

356, 364, 389, 390, 392, 408, 415 y 425. Otros dos cubiletos similares se conservan en el Museo de Santander y ocho más, en el de Valladolid<sup>77</sup>.

El principal interés de estos seis vasitos, que con seguridad pertenecieron a la necrópolis de Eras del Bosque, no radica tanto en su calidad ni en su variedad tipológica como en la fuerza argumental que ofrecen para atribuir esta misma procedencia a los que he citado de los Museos de Palencia, Santander y Valladolid<sup>78</sup>. Todos ellos se encuentran completos y en buen estado de conservación, lo que puede ser un indicio más de su pertenencia a la necrópolis. Si a ello añadimos que, tanto por el paralelismo formal como por las características de pasta, color, tamaño, etc., difícilmente podrían distinguirse de los que acabo de describir, sería lógico pensar que todos ellos tuvieran la misma procedencia.

Esta misma conclusión podría hacerse extensiva a un numeroso lote de vasitos del Museo de Palencia, del que forman parte los que he citado con su número correspondiente, cuya homogeneidad resulta evidente a pesar de su variada tipología<sup>79</sup>. Debo añadir, sin embargo, que esta argumentación no puede tomarse como prueba definitiva sobre la procedencia común de todos estos vasos.

Pero, procedan o no todos ellos de Eras del Bosque, lo que sí me parece seguro es que todos debieron salir de un mismo taller ceramista local; las características comunes a todos ellos y la reiterada repetición de algunas formas, con numerosos ejemplares de cada una, así parecen indicarlo. Especialmente significativa es la abundancia de ejemplares que copian o imitan determinadas formas de sigillata; tal es el caso de la Drag. 27 con seis ejemplares; la Ritt. 5, con doce; la Ritt. 8, con 3 y otros diez ejemplares cercanos a la Ludow. Ti.

Igualmente abundantes son los cubiletos ovoidales que parecen imitaciones de las formas Mayet XLII y XLV y otras copitas similares a la forma Mayet VIII<sup>80</sup>.

No sería aventurado pensar que algún avisado ceramista indígena, ante la competencia de la vajilla romana, se dedicase a fabricar en serie imitaciones de dicha vajilla para abastecer a quienes, no pudiendo acceder al mercado de los productos importados, debían contentarse con las imitaciones.

Sobre la cronología de estos vasos resulta muy difícil llegar a una conclusión segura ya que, tanto los seis aquí estudiados como todos los demás a los que me he referido, carecen de contexto arqueológico; por otra parte, no es posible determinar si las copias o imitaciones de sigillata reproducen modelos itálicos, gálicos o hispánicos. Solamente las imitaciones de los vasos de paredes finas, de ser cierta tal apreciación, podrían aportar un elemento de cronología que nos llevaría a la segunda mitad del siglo I d. C. En este supuesto, habría que concluir que este lote de seis vasos sería posterior a los objetos de la tumba estudiada y, por tanto ajenos a ella. Pero estas apreciaciones no pueden tomarse como definitivas.

<sup>77</sup> LOPEZ, A. y OLEA, C. *Op. cit.*, pp. 249 y 253, fig. III, nº 8 y fig. VI, nº 5. CARRETERO, S. y GUERRERO, J. *Op. cit.*, p. 368, fig. 1, Grupo I.

<sup>78</sup> Todas las piezas del Museo de Palencia figuran en el Libro Registro con su correspondiente número de entrada aunque en las casillas de «fecha de ingreso», «procedencia» y «forma de adquisición» se repite invariablemente la palabra «desconocida».

<sup>79</sup> Es probable que este lote de vasos o una parte de ellos perteneciera a la colección que Simón y Nieto donó al Ayuntamiento de Palencia, según consta en la carta manuscrita que con fecha 21 de mayo de 1892 envió al Alcalde; en dicha carta dice textualmente: «Por eso me permito enviar a Vd. cuantos objetos de bronce, vidrio y barro, romanos, he logrado reunir en siete años de pacientes investigaciones». La entrega de estos objetos se hizo efectiva juntamente con dicha carta según consta en la respuesta que el Alcalde envió a Simón y Nieto el 28 de mayo de 1892, aceptando y agradeciendo la donación.

<sup>80</sup> MAYET, F. *Les céramiques a parois fines*. París 1975. Forma VIII; p. 39, pl. XII, núms. 90-92; Forma XLII: p. 95, pl. LVIII, nº 475; Forma XLV, p. 108, pl. LXX, nº 591.

LAMINA I

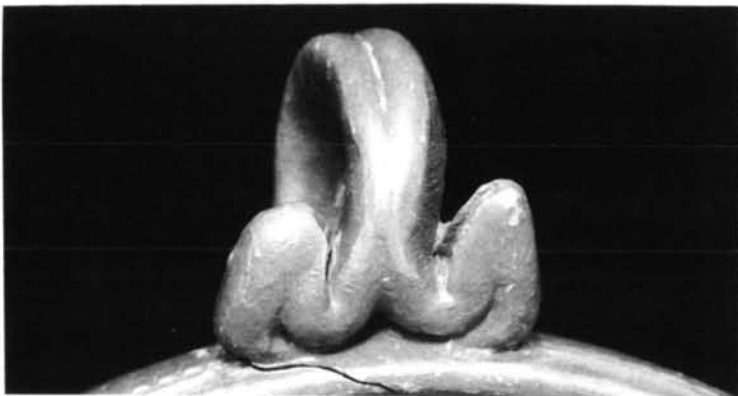


1. Corte del terreno donde se hallaba la tumba.—2. Detalle de la vista anterior con algunos objetos del ajuar funerario.





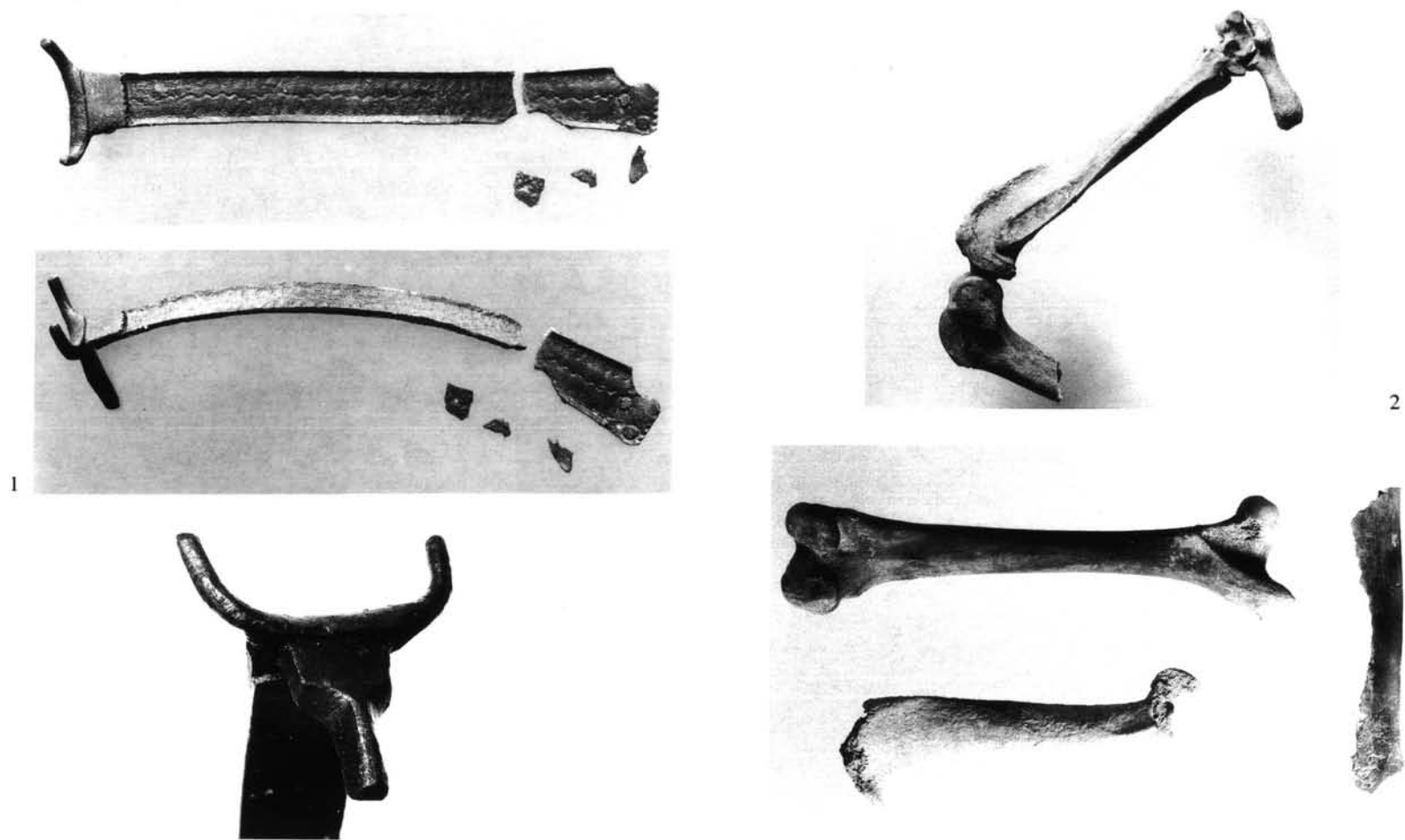
1



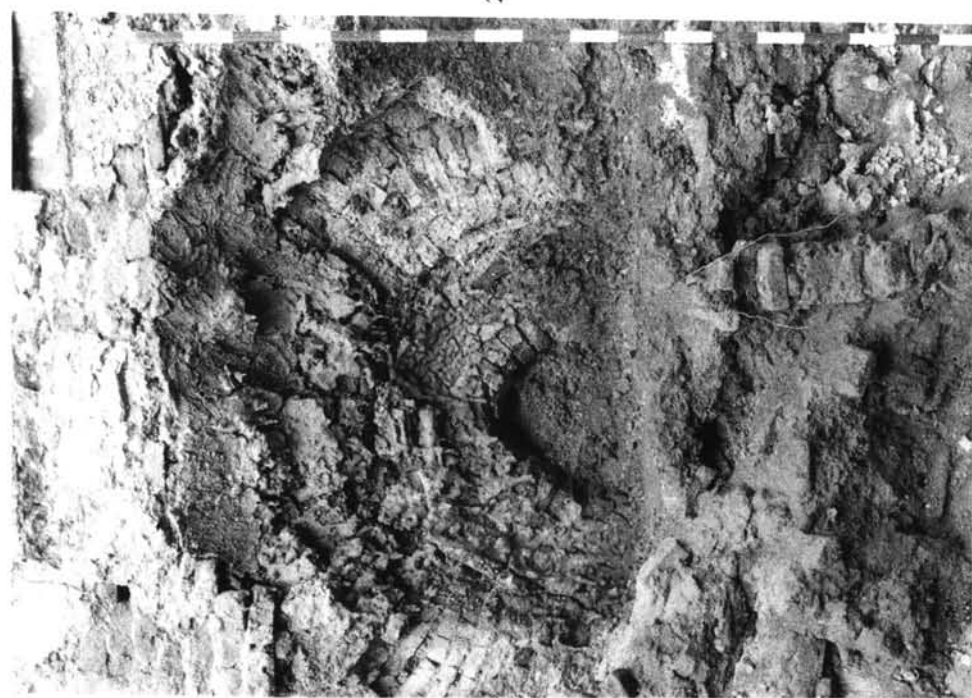
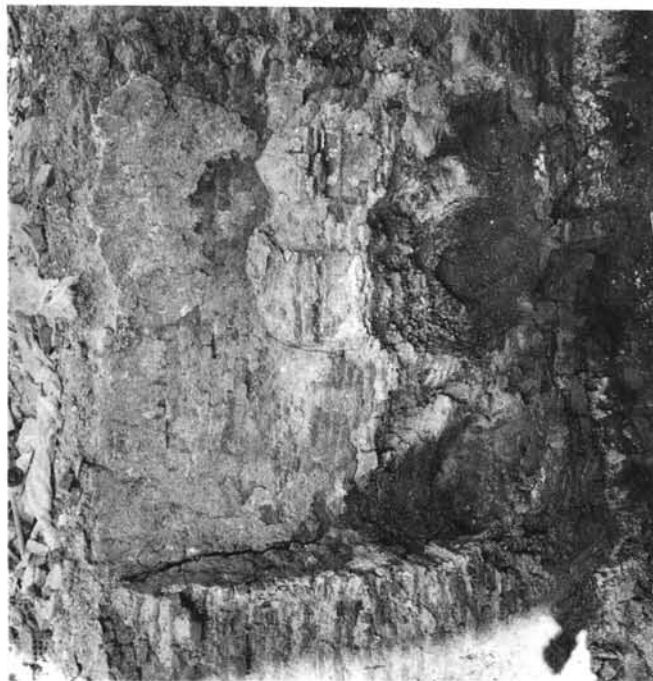
2

1. Copa de *sigillata* Haltern 14 y detalle de una de sus asas.—2. Cuenco de vidrio.

LAMINA III



1. Mango de bronce y detalle del remate en cabeza de toro.—2. Articulación de cinco piezas óseas, pertenecientes a la pata trasera derecha de un cerdo (fragmento de femur, tibia y peroné, astrágalo y calcáneo).—3. Fémur y Húmero de oveja y pieza no clasificada.



1. Restos de un horno cerámico moderno, de fecha no determinada.—2. Detalle de la fotografía anterior, con la boca del horno y parte del interior de la bóveda.